

Luis Enrique Belmonte

PASADIZO
POESÍA REUNIDA
(1994–2006)

Cuando me da por caracol
(1994)

No pregunto por las glorias ni las nieves,
quiero saber dónde se van juntando las golondrinas muertas, adónde van las cajas de fósforos usadas.
Por grande que sea el mundo
hay los recortes de uñas, las pelusas,
los sobres fatigados,
las pestañas que caen.
¿Adónde van las nieblas, la borra de café,
los almanaques de otro tiempo?
Julio Cortázar

CUANDO ME DA POR CARACOL

Cuando me da por caracol
ando echando maldiciones
a todo lo que se me atraviesa

Cuando me da por caracol
digo sí queriendo decir no
abro la boca y me sale mesopotamia
tigres eufrates
se decepcionan de mí

Estar caracol es aparatoso
salen ciempiés ebrios
trazando una marcha complicada
que enreda las cosas simples
y las vuelve pulpos atormentados
cuando me da por caracol

Una muchacha con lentes de marciano
pregunta en la librería
por un libro que trata
sobre la Teoría del Caos
Entonces
 tentáculos de pulpo escarbando en el estómago
 ruleta desbocada en la cabeza
 temblor en las piernas
todo listo para que agarre su pescuezo limpio
y suenen sus vértebras cervicales
como la carrocería de un autobús destartado
y se compruebe así la Teoría del Caos

Pero no puedo
me sale una sonrisa de corroncho asustado
porque me da por caracol
y es un peligro que me de por ahí
las palomas de la plaza lo saben
por eso huyen despavoridas
cuando me acerco a ellas
cuando me da por caracol.

LAS SÁBANAS EMPRENDIERON VUELO

1.

Las sábanas emprendieron vuelo

blancas incandescentes

sobre los techos soltaban

 suaves promesas de amor

con fragancias de jabón azul

2.

Vuelan

dejándose llevar por el viento

que las infla como velas

transfigurándolas el viento

en flores blancas

 Vuelan

aventando calcetines y señoras

que cuelgan de los tendederos

3.

¡Ah! las sábanas

mis sábanas locas de blanco silvestre

que se cansaron

de los vicios acolchonados

de las complicadas grutas

que les obligaban a plegarse arrugadas

en mis esquinas de lluvia llenas

4.

Las sábanas sin licencia de vuelo

los pájaros huyen con pánico en sus alas

las fuentes de agua se encandilan

Y ellas tan blancas sábanas
se alejan en desbandada
mientras abajo les lanzan piedras

Tanta blancura distrae a las pupilas
que al verlas se disuelven
y queda el ojo blanco

blanco

5.

Las antenas torcidas
los postes de electricidad de rectitud corriente
los rascacielos rasca rasca jorobados
son testigos del vuelo impávido de las sábanas
para siempre huyendo
tan blancas que avergüenzan a las monjas
a las paredes de la catedral
a la paloma mensajera del estampita del arca de Noé
a esa nube que se fue llorando
y se oscurece triste por no ser tan blanca

6.

¡Ay! mis sábanas perfumadas de blanco polar
emprendieron su definitivo vuelo de animal de las alturas
dejando mi cuerpo descubierto.

OCRE

Los colores extraviados
ceden al ocre
sus especies sonoras

El sol
 desvaído
agoniza en el cristal

Las flores en el jarrón
se arrodillan
dejando resbalar un cansancio de aromas tardíos
que se amontonan en el rincón

Aquellos viejos zapatos
enlodados de un mudo transcurrir
hacia otro territorio
que no es el de las arrugadas sábanas
ni el de los insectos chupando luz de los bombillos
ni el de los quejidos de un sillón
amargamente olvidado en el sótano

Quizás el estallido del ocaso
en una hoja polvorienta
la lámpara entre la humareda
amortiguando pálidos conjuros
la sombra desenfundada
en su apertura sepulcral
el quejido mozartiano de un clarinete
que trastabillando sobre el techo
provoca una agitación de pájaros

El destello indescifrable del ocre
ocultando
trigales eternos
en la oscuridad.

YO DESPIERTO AL ANOCHECER

Yo despierto al anochecer
a la hora en que la página madura su agonía

Los búhos aletean sobre estas ciénagas
en donde mi cuerpo destila sus delirios
el voluptuoso deseo de despertar con el sonido
de un fauno desperezándose entre frutas y aromas lejanos

Se escucha el vaivén de las horas
en este barco afantasmado
el ocre derrite sus animales

Antiguos descensos estos
que me hacen persignar al claror de la noche
en un cielo despejado por el resplandor
de una luna dormida blanco papel incandescente

Despierto al anochecer
cuando los pájaros no se dejan ver
los rostros se me pierden
en el río pardo que nos arrastra

Despierto al anochecer
a la hora en que la página madura su agonía
como un pez desorbitado de sus aguas.

LOS VILLANOS DE SWEDENBORG

Si el ojo pudiera ver a los demonios
que pueblan el universo,
la existencia sería imposible.

El Talmud

Cruelles anfitriones de la desgracia
enternecedores cuando se esconden
debajo de las cabezas de los fósforos
y nos quemamos los dedos al intentar encender un cigarrillo

Demonios que avivan la pólvora
y nos revientan los sentidos

Se escuchan sus risotadas al escapársenos
la palabra necesaria para resolver un embrollo

Corretea como niños
a ver quién llega primero y provocar
que nos mordamos la lengua

Vienen en tropel haciéndose zancadillas
con sus colmillitos afilados
colocando piedritas obtusas en nuestra memoria
para que olvidemos a quién amamos o si realmente
a la abuela se la tragó la lavadora

Se muerden sus colas se estrujan sus narices
llaman a las moscas con cantos de sirena
para atraerlas hacia el plato de sopa caliente

A medianoche destilan un licor que embriaga a los cometas
y los hace estallar contra las aceras

Nos quedamos en silencio bajo las sábanas
mientras estos villanos brincan a carcajadas por las ventanas
y le anudan la cola a un perro ciego
o le incendian las barbas al borracho en el suelo.

HALLAZGO EN EL PUERTO

Un zapato abandonado
en el fondo de la bahía
respirando bocanadas de peces

El zapato descansa impar
intoxicado por el agua aceitosa del puerto

Un anciano a la orilla del muelle
teje una red muy larga
que se confunde con su barba
y entre esa maraña queda atrapado
el grito del gallo que sacude
las ramas de la noche

Un rayo de luz se sumerge va escarbando
en las tinieblas del agua profunda
abriéndose camino entre algas y latas oxidadas

El rayo fugitivo del día naciente
acaricia el cuero del zapato abandonado

El zapato ha sido liberado
iluminado como un santo
en el fondo de la bahía.

DESBORDAMIENTO

Detrás de la página
un fauno prepara su siesta
entre flores que nacen y mueren en un instante

Otro mar golpea detrás de la página
con salina insistencia
devuelve algas de un fondo agitado

Palidecen los peces
que mueren de blanco al desbordarse de sus aguas

Estamos al borde
de pertenecer a otro sueño
un animal oceánico con sed en los ojos
remueve su organismo como una orquesta

Al borde
de la inundación definitiva

Al borde
de un lugar de insectos muertos
y hojas transfiguradas por el calor

Al otro lado de estas manchas sobre la página
flota el fauno
devorado por un sol incandescente.

ANTÀRTIDA

Los hielos en el vaso ocultan
a una mujer desnuda
que derrite sus licores

Hielos de tardíos orígenes
criptas amoladas por el eco antártico
de una música que descongela sus animales
en el reflejo del vaso

Hielos que acumulan prehistorias
al fondo de un lago evanescente
como la memoria

El ojo
mi ojo se ha detenido
en la estación sonora de estos vasos
inclinados por el peso de los hielos

Una imaginada eternidad
aparece flotando con los líquidos
de mi mujer derritiéndose
desnuda oscura frágil.

EL ORGÁNICO PLACER DE NO SER NADA

Algo despierta
cuando se inundan las fosas de cadáveres sonrientes
se encadenan las plegarias
se incomodan los santos al llegar los desenterradores
de cabezas rotas zapatos de cuero podridos

Titila el anillo incrustado su majestad entre tanto despojo
mientras la tierra se cuece para adentro trabaja
obstinadamente en su afán de devorarlo todo
devolverlo todo al reino del orgánico placer de no ser nada

Aquí está el poema
míralo ahora y ya no está
nunca estuvo
es la quimera de tu vida de afeitadora gastada
hojilla de múltiples fracasos destila el destello que corta la barbilla
la sangre tardando en anunciar su fuga se mezcla
con la crema de afeitar espesa olor desinfectante
no te me vayas chorrito de agua recién nacido con olor a tubería

Porque la sangre se impacienta huye se coagula
tapiando la entrada de tu casa mí amigo
cuando vengas orgulloso a recibir como buey en matadero
el derecho a la mortalidad porque el derecho a vivir lo malgastaste
en cuatro copas con lágrimas
de mujeres que te amaron

Aquí
cerca de ti
en tus gestos repetidos
se cava la fosa
despertador jabón tostador de pan timbre botón reventado

Y no llores
te puedes descomponer antes de tiempo.

LA ANTENA

Una antena torcida se mece
entre las ondas electromagnéticas

atrae pájaros negros

apenas visibles

se estremece con la llegada del gato
su cola eléctrica trueno soterrado

Una antena

oreja sobre el techo
espantapájaros plateado enflaquecido de horror volátil
husmea en imágenes vacuas
fatigadas de derroteros sin plumas
imágenes suspendidas que descienden y se quiebran
en el cristal del televisor

La niña del piso de arriba
se columpia sobre la antena
mientras le canta a su muñeca tuerta
una canción de estrellas muertas que siguen brillando

El carnicero del piso de abajo
no despega los ojos del columpio la antena
su cuchilla
boca sedienta
cuando mira a la niña
con su muñeca tuerta

Refulge

la antena.

ELEFANTES

Cinco elefantes levitando
se asoman por la ventana

Están buscando el manantial oculto
bajo la punta del lápiz
que conduce este mensaje paquidérmico

Cinco elefantes
apenas se sostienen livianos
y el blanco del papel les es familiar
como el Taj Mahal el marfil de sus sueños

Cinco elefantes me imploran
con sus antiguos ojos de piedra
el sacrificio de mis dioses corderos

Cinco elefantes
levitando
pretenden causar horror
con sus arrugas milenarias

Y el viento los mece
es el viento que sopla suavemente
sobre las tejas del poema.

MORDIÉNDOSE LA HORA

No se puede estar así
dando pasos retorcidos cólicos
mordiéndose la hora en que se abandona
la concha silvestre animal que nos rodea
con el cabeceo el ojo blanco extraviado en el monedero
en el vaso rebosante espuma

Y esta fiebre en socavón
alzando su látigo amarillo
su recital de cuentas inútiles
los cabellos caídos los recuerdos que se hundieron
las nubes que retornan al río
las veces que he pronunciado tu nombre
las flores que crecieron sobre el musgo de tu piel

Cuentas imposibles
exigiendo respuestas
delimitando la posición de mis pasos sin huellas
trazando un círculo que no termina de completarse

Adiós me dijo mi sombra mordiéndose la hora
en que nos abandonamos para siempre.

LA COMETA

En este territorio
la cometa perdió sus límites
desabrochada por un jalón del viento

La cometa desparrama al aire sus colores
chillones tonos advierten a los pájaros
la levedad de su vuelo

El niño da cuerda a la cometa que se eleva
como un toro buscando su sangre
entre nubes de grises descompuestos

Entonces la lluvia
fragmentando al cielo
las antenas creciendo como arbustos plateados
alojando a los nidos que se estremecen
cuando el trueno desencaja sus fuegos

El niño y la cometa
 enredados por la lluvia
 revolcados por el trueno
arrastrándose como piedras en un río revuelto
como peces del aire extraviados de sus órbitas

El rumor de las antenas
anuncia que hay buena cosecha
de astros flotando entre los lirios de la memoria
como la cometa para siempre
y su valiente niño.

INSOMNIO

Se me olvidó como son las ovejas

Hay un lugar en el mundo
que se llama Estambul
no lo conozco pero cómo retumba ese nombre

El párroco de mi niñez
explicó muy bien lo de la oveja negra
no se puede nadar contra la corriente me dijo
y yo miré su panzota y me pregunté
si con esa panza podría él tan siquiera flotar

Me explicó muy bien lo de la oveja negra
pero no me dijo cómo son las ovejas blancas ya no importa
me las imagino parecidas a los burros de la aldea
mañosos perezosos como el sueño que no llega
y una vez me dijeron que los burros astutos
podían mascar chicle bomba

Con estas ganas de dormir y el sueño que no llega
me siento como chicle bomba en boca de burro
que masticando con fastidio se parece
a esas ovejas que tanto saltan
cuando uno no tiene sueño.

LAS HORAS

De vez en cuando
Las horas maduras
Caen sobre la vida
Vicente Huidobro

1.

Veo las horas arrastrar
el bagazo de lo vivido

Las horas como murciélagos
cayendo
en lo más oscuro de mis manos

Un rumor de alas
hojas secas crujiendo sobre el techo

El lápiz encendido
por la urgencia de estas horas
buscando remanso en la medianoche

2.

Se ensancha
el fantasma del pan sobre la mesa

La flor en el rincón
expira su último color

Un rayo de luz azul
 enredado en la cortina
alumbra el paso amortiguado de las horas

3.

Las horas miran con tristeza
las trazas del camino abandonado
el cuarto con olor a naranjales

Las horas continúan su paso
por los desfiladeros del recuerdo
 van pasando en su durar
junto a las ánimas extraviadas
el coro de grillos

que insertan sus patas en la noche

4.

Las horas elevándose
como pompas de jabón

Las horas sobre la terraza
pájaros ardiendo en pleno vuelo

5.

A la medianoche
se lavan las horas
se comienza de nuevo.

CIELO POR EQUIVOCACIÓN EN MI VENTANA

Porque en el fondo lo que amo es lo que pasa
Pierre Reverdy

Yo poco sé
de grandes cielos
pero esta tarde
la ventana me ha regalado uno
con nubes y vientos y seres voladores

Yo no sé mucho
de mecánica celeste
 sin embargo
he tenido que reparar
un espejo incrustado en un globo aéreo

No es gran cosa
este cielo que se tropieza
con un cable eléctrico

Cuando un pájaro rojo lo atraviesa
un grito de olimpiadas
se escucha en el patio
también la abuela siente
un escozor de peces alegres
en la planta de sus pies

Yo sé poco de cielos

Esta tarde
ha encallado uno en mi ventana
ensanchada como un lago
duplicándose a sí misma

Este cielo
que bien podría caber
en un cajón del clóset
viene de muy lejos en el tiempo
varios siglos y ventanas
conocieron su modesta majestad
cuando el ocaso amorosamente
le alisaba los cabellos

Este cielo
tiene un tinte amarillento
un relinchar de caballos sedientos
huesos calcinados armaduras desvencijadas
tantas batallas gloriosas
ahora intervenidas por el pasto

Este cielo busca el alivio de un riachuelo
en su camino
 por equivocación
ha pernoctado en el cristal de mi ventana.

EL NOMBRE IMPRONUNCIABLE

Los dedos amarillentos buscan alivio
entre las cenizas de un nombre impronunciable

La luna ensangrentada
golpea en la ventana
de alguien que duerme para siempre

Hay escaleras subterráneas
por donde trafican los esclavos del sueño
los que canjean entre barro y líquenes
baúles con los huesos de los ausentes

La tristeza del perro en la terraza
cuando suena Debussy
y se acuerda de su madre

El sonido trepidante de la regadera
mojando la piel
de una mujer acariciando su cuerpo

Los pasos sigilosos del ladrón
denunciado por el canario

La boca marchita del que ha pronunciado
el nombre del único dios vivo sobre la tierra

Los ojos de niebla
del que ha sido destinado a recordar eternamente
estos instantes que coincidieron con su muerte.

LA RETIRADA

Huyendo del espejo hacia la vigilia
con las pupilas dilatadas
la sal en nuestros cuerpos bañados
por las olas que se devuelven con el grito del ahogado

Se podría decir que fuimos casi pájaros simios
casi lobos de arena casi libres apartándonos
de aquella zona de astillas y pieles agrias

Animales extraviados fuimos
buscando el extremo del hilo
que nos conecta con los astros
midiendo la altura de la huida
los bosques pálidos
dando vueltas y vueltas
en torno a un sol de arena fina
que se deshacía lentamente
mientras la noche ordenaba
la retirada de sus poderes ocultos.

CAMINO DE ALGAS

Brillan los pescados
sus bocas abiertas
sus escamas plateadas

El vidrio está empañado
por el último temblor
de estos pescados atónitos

Acostados
con las aletas sobre el pecho
esperan que un dedo los apunte desde afuera
como acusándolos por la quietud
en el silencio eléctrico refrigerado

Hay un gato que ronda cerca
el pescadero con su bata de cirujano
empuña el cuchillo con devoción

Detrás del vidrio
entre colas y aletas tiesas
algo se escabulle
 un destello arisco
que busca insistentemente
el verde camino de las algas.

LA HORA DEL CARACOL

Cuando retumban las campanas de la despedida
Ícaro hace maromas sobre la luz que exhalan
los tísicos pulmones de las lámparas

Tardes cremadas en el ocre
en el ovillo de las ramas
en el lugar donde se cuece la oscuridad

Caracol en el recodo de un camino anfibio
entre aletas latas oxidadas y sapos ebrios

Llega el oleaje de un sueño
amenazado por la esgrima del neón

Es la hora del caracol.

AMOR ULTRASÓNICO

Sé que estás allí
sobre las copas de los árboles
ardiendo al atardecer

Mi estrella que estalla con todos sus colores
como el cobre que se derrite en el fuego
suenas por los laberintos del aire cuando te vas
con todos los barcos todos los graznidos

Malabares sobre el cable
que atraviesa la voluntad de estar de pie
soportando tantas palomas de sucio callejón
sobre los hombros

Y siento que ya no estás
cuando pasa sobre mi cabeza
un jet ultrasónico me acuerdo de ti corazón
con tu adiós en plena combustión
superando la barrera del sonido.

UN OBJETO PLATEADO

Un objeto plateado ha perdido su rumbo

 su mensaje es pirotecnia
que deleita a los ángeles ociosos
pastando en las azoteas

El sueño del mecánico
flota sobre los edificios
 tuercas y flores arman la escena
 para las manos que persiguen
 una falda voladora
el ruido del objeto sin brújula
desbarata el sueño del mecánico

Cae una escarcha plateada
sobre el lomo de los gatos

Se ha quebrado la noche
los espectros se esconden
dentro de latas aplastadas

Alguien abre una ventana

Un hombre extiende sus brazos
intentando levitar
mientras la mujer de al lado
deja caer en el suelo
un tubo de somníferos

Nadie se inquieta
cuando el objeto plateado
se enreda en un cable eléctrico

Un demonio esconde su cabeza
debajo de la almohada

El objeto plateado no encuentra los hilos
que las estrellas tejen como coordenadas
a los cuerpos voladores

La vigilia también ha perdido su rumbo.

LAS TORTUGAS NADAN MANSAMENTE

Las sagradas escrituras
pueden estar impresas
sobre un servilleta arrugada

Todo el andamiaje del mundo
puede ser desbaratado
por una lágrima tuya bajo la lluvia

La luz que buscan los sabios
puede estar agazapada
en el fósforo que enciende el mendigo
debajo del puente

Los pájaros hacen su nido
en los lavamanos olvidados

Las tortugas nadan mansamente hacia los confines del mundo
para sostenerlo de nuevo
porque los titanes no pueden más con las columnas
porque les pica mucho la nariz
porque se han resbalado con las aceitunas del banquete
porque se han olvidado
de las flores amarillas y de los dioses que se columpian
bebiendo como abejorros
un néctar de siglos bermejos.

DEBAJO DE LOS PUENTES

Debajo de los puentes se cuentan historias
con un fósforo encendido por toda hoguera

Los perros embravecidos se lanzan al río
tías las campanas repican
espectadores revientan las ventanas
el mensaje es estallar como pájaros contra el cristal

Me moriré de tanto coger impulso
para el salto hacia la corteza del árbol
que sobrevive al fondo del lago de mi niñez

No es un Triller
la canción que está de moda avanza se multiplica
a través de las orejas infectadas

Sería delicioso coleccionar orejas
mostrarlas a las visitas como bellos recuerdos
de los tormentos visitados

Voy por un atajo subterráneo
tanteando tanteando
arrastrando un botín de piedras de río

Semáforos hábiles son las caras
de esas mujeres espléndidas cuello de cisne
que revientan botellas contra la pared
entierran alfileres en el ombligo
y no quieren quedar mancas
por eso no dan la mano
por eso sus caras de semáforos

El bullicio de la huida de Egipto
en este funeral donde el homenajado
es un pez prehistórico que apareció
en la bañera de un niño espuma de champú

Hoy hay tristeza la lágrima del panadero
porque el pan no quiso ser pan masticado
porque se cansó del cuentico de la biblia
se secarán los trigos en los barcos

Se cuentan historias debajo de los puentes
tiemblan los hierros cuando pasan furiosos conductores
se desmorona el puente

El fósforo titila su luz
como una estrella expulsada del cielo
dando aquí abajo su última función

No hay aplausos.

LA GRIETA

Alguien se equivoca
cuando estalla su copa
contra la pared que brilla
al fondo del espejo

Por las cañerías
brincaron saltamontes plateados
y un horroroso jolgorio despertó a los niños
que bailaron con ojos de pájaros

Mi alma recién tocada
por la insurrección de la grieta
el crujido de las sillas
que se resisten a ser soporte

Alas y sábanas
entre las ramas de un árbol de invisibles raíces
que va ampliando los puntos cardinales
de este cuarto destechado

Es la delgadísima insurrección de la grieta
colándose como el café
por la mañana desvinculada
pellejos cerillas uñas botones caídos
hilacha de los días palomas muertas en el calendario.

OFICIO ANTIGUO

Miro el cielo reflejado en las ventanas
los crímenes que se anuncian
el punzante resplandor de las navajas
los tacones que suenan como tambores africanos

Se encienden los fuegos
reverbera en el hueco de las cosas
una voz que copula con insectos
sobre la tierra negra del papel
ya viene mi cuerpo
regurgitado por el mar
peces de arena son la corona
de un rey pálido que camina solitario en la ribera

Apaga las luces que nadie nos vea
será como un bombardeo nocturno
huye al sótano haz las paces con los cuervos
llama a tus muertos que beban de tu vino
abre tus brazos cuando estallen las flores

Antiguo oficio destilar licores
en la franja donde se cruzan
el sueño y la vigilia.

NO TE LEVANTES LÁZARO

No haber llegado no haber palpado los frutos que caen
sobre los que yacen sin féretro audaz encierro

Un árbol agita sus ramas
al filo del precipicio por donde me muevo
como queriendo cantar bajo la lluvia
anhelando que en el torrente de agua
aparezca una mujer con todos sus soles
alzada por las olas el vuelo de las sábanas
la cosecha de flores nocturnas con sus pétalos plateados

Abrir los brazos sacudir las jaulas asustar al canario
darle alas a las campanas esconder el ovillo
darle más vida a los gatos
hacerle zancadillas a los que fingen estar ciegos
esconder los apuntes del extraviado en la copa de un árbol
a veces uno no llega ni palpa pero cuánto quisiera
que se desenrosquen los tornillos
que caigan las frutas que los muertos las devoren
y las sillas dejen de crujir y los féretros sean
hermosos barcos surcando por calles desbordadas

No te levantes Lázaro
no le hagas caso a los que aplauden en el circo
devora las frutas que caen
no te levantes criatura duerme
ve y dile a los muertos que sigan muriendo.

FORTUNA IMPERATRIX MUNDI

La señal en el cielo

La confusión necesaria para la huida

El pájaro que roza la copa

El parpadeo que anuncia el desembarco de los sueños

Gracias por la caída

por encender las lámparas

por abrir las ventanas
y soltar las sábanas al viento

por una uva entre dos bocas que se encuentran

por lo que traes de muerte
vida mía.

AYER ARRANQUÉ EL DÍA

Ayer arranqué el día
sus raíces empapadas
escurrieron en mis manos
un líquido morado

Ayer el día se agitaba
en el hocico de una bestia
pastando en el olvido

El día ausente
impronunciado en la conflagración de sus ejes

El día remojando su reverso en la tinta

Ayer el día
desplegó su velamen en aguas invisibles
se quedó colgado
sobre un alambre oxidado

Ayer murió sin haber nacido
el día que cerraría
la completad del círculo

Ayer el día se perdió a sí mismo
fue arrojado al hueco sonoro
en la hecatombe de la mesa

Arranqué el día
ayer.

Cuerpo bajo lámpara

(1996)

Después de la muerte del fuego
la lenta retirada de las aguas
a tientas tendremos necesidad de bajar
día y noche remover montones y despojos
cuerpos sin rostro insondable morada
tendremos necesidad del socorro de los pájaros
los ojos del sílex la alianza de las frutas
para encontrar de nuevo el centro
de gravedad
Vahé Godel

Sólo un desequilibrio de las cosas,
un fugaz desnivel inexplicable
permite todavía
este naufragio sin barco, sin mar y sin playa,
sin espectador, sin fondo y sin naufrago,
esta historia que nadie cuenta y nadie escucha,
esta falla sin importancia del abismo.

Sólo queda la señal como un detalle.
Roberto Juarroz

Hoy no hay nada que decir.

La mano apenas puede alcanzar
el somnífero sobre la mesa de noche,
y sólo queda el amparo
de una lámpara que balbucea.

Esta geografía que se desploma,
silenciosa como la siesta de los gatos,
no tiene nada que mostrar,
al menos que el hundirse
con los días de esta Atlántida
sea algo digno de mostrar.

No hay nada aquí, no pidan los restos, no escarben más.
Será mejor recoger los cabellos caídos en las barberías
o transfundir con nuestra sangre
a los canarios moribundos, pues hoy la nube
se niega a precipitar
y a los enanos que quedaban se los tragó el carrusel.

Alguien encalla bajo una lámpara
sin la ramita que traen las gaviotas
a la proa del día extraviado.

Ni las barbas de un santo, ni el ocaso, ni nada.

Así que si alguien llama, grita o busca razón,
díganle que hoy, precisamente hoy, irrevocablemente
el hoy de aquí –casto, boquiabierto,
ojos de pez en la arena–
no hay nada que dar,
nada del soluto del decir.

Después de todo, inevitablemente,
existe un mañana de alarmas chillando,
con marcapaso y sin espera, ese mañana prefabricado
que nos aguarda con sus agujas de remendar descoseduras
y no acepta la corriente alterna, la del tiempo arremolinado.

Un portero bostezando
con un bolero a medianoche entre las cejas
no es sustento apetecible para el escuadrón
que con celeridad se encarga de tapar las grietas,
disimular la fuga, acomodar al cadáver, con particular insistencia
en fumigar contra las flores amarillas
en los resquicios de la noche agazapada.

Es la hora en que nadie me piensa,
la hora en que se asoma un mañana con espuelas,
y este breve tránsito sin cuerpo por esta pobre eternidad,
esta dicha alígera de no pertenecer, esta apnea,
esta ausencia frondosa en contenido oceánico,
no se devuelve a la condición del plano trazado,
ni a la estrategia, ni al cautiverio del día que se avecina.

Debería escribir, algo debería escribir,
algo tiene que salir,
aunque sea un chorrillo, una pelusa desprendida
por la sola y prístina idea de escribir.

Una espuma, el efluvio al fondo del vaso,
un cabello de alga, una lágrima de duende,
el bostezo de un elefante de circo, algo debería salir,
una mano que se asoma después de varios años de cárcel,
un calcetín remendado, el hueso de una manzana
tantas veces mordida por la espera.

Definitivamente, algo será expulsado,
cáscaras de huevo, manantial oculto, algo será exprimido
de esta angustia de gallina a punto de ser sacrificada.

No digo redondo, no digo una máquina
con todos sus engranajes engrasados,
no digo un ramillete ni la costura
de una voz de tenor bien afinada,
pero el humito, la palabra atascada en la garganta del tartamudo,
esa legaña que contiene el significado de los sueños,
también son hallazgos en este día que va
en dirección contraria al movimiento de la tierra
para que el acto se consuma, para decir, estrangular, quemar,
estrujar sin piedad esa voz escurridiza
que debería estar en toda escritura
y que aquí no es más que una mueca
de bufón que da piruetas y brincos
anunciando la llegada de algo que tenía que salir.

Este andar de helechos,

esperando la llegada de las sílabas
de un nombre impronunciable,
entrebriendo puertas por donde pasan aquellos
que llegan con ojeras, con velas encendidas en las manos,
con palomas acurrucadas en el regazo.

Andar de helechos, existir como ramaje
en la suela del zapato, en el ojo que le falta al tuerto,
en las palabras que se quedaron remojadas en la tinta,
las palabras que se derraman de la copa
por andar así, husmeando entre los brazos del helecho.

No hay retraso en la partida,
ya los insectos se preparan para el festín.

No se apresuren
que ya vamos a salir con la tonada al oído,
mientras los trapos en el patio
resguardan el humito de nuestra existencia.

Y sólo quedará el humito.

El sonido de la regadera en la madrugada,
arroyo que se desliza por un cuerpo atónito,
cuerpo expulsado y devuelto al territorio del gallo.

La canción trasnochada del portero, una mota de algodón,
un duende de panza grande que aparece
entre escombros de una construcción, una espada rota
bajo la alcantarilla, el anillo que se tragó el gato,
el lápiz mágico entre las ramas del nido, la varita del hada
refulgando sobre los techos, todo vuelve puntual, exacto.

Se escucha el gorjeo de los pájaros sobre los techos,
las antenas calcinadas por el trueno, la luz que se filtra
por las persianas. Se va apagando la canción
en los labios del borracho, los enanos vestidos con fieltro
huyen por las cañerías, el cadáver de un santo en éxtasis,
los tacones de la vecina, la grieta en la pared,
la hoja inmóvil en el aire, la escarcha que se evapora.

El cautivo dibuja en las paredes de su encierro

los desembarcos, la sangrienta lucha de la memoria. Una flor amarilla se cuele entre las grietas de la celda, liberando a los condenados.

Cuando se quiebre la tarde en el corazón del gato
podría llegar el cautivo
con los pies destrozados por el camino,
con las espigas encorvadas y el equipaje remojado.
Tocaría tres veces a la puerta
haciéndose pasar por vendedor de aromas exóticos, marfil de la India,
cueros de tigres de Bengala, colmillos de jabalí,
o aquella pócima que resucitó a un rey vencido
en el mísero lecho de una tierra maldita.

Nadie se extrañaría
si el ahogado que canta un aria antes de morir,
si el que sufre a solas en la regadera,
si ése que estuvo en el lugar preciso
pero en el tiempo equivocado, o el que con un clavel en el pecho
llegó a tiempo al sitio inexacto, el que se enamoró de las lámparas,
el que anuncia el bombardeo, el que le pone la manta encima
al que acaba de morir, nadie,
nadie podría decir quién será
el que puede llegar,
quién de nosotros
el que desatará los nudos,
el que dará la orden de partida
cuando estemos llegando.

Dónde estará mi cuerpo, dónde los días,

el pasto que lo compone. Qué encantamiento
ha hecho de él la metáfora baldía de un espejo sin rostro.
El aroma de la cañada del cuerpo, dónde su lejanía,
dónde las campanas que anuncian su resquebrajadura.

Es tarde. Las cosas se disuelven
en el sudor del tiempo que nos borra.
Damos señales apresuradas,
señales para el cuerpo que se esfuma
detrás del vidrio empañado.

Hay una procesión de lámparas entre la niebla,
manos sin bolsillos, la sonrisa del amigo que cae,
el amigo sin pulpa que perdió sus uñas, el amigo que perdimos,
cuerpo arrebatado por la noche.

Añoro la ceguera de los cuerpos, la ofrenda de las cosas
al venerable crujido, la quema de imágenes
que alimentan de plumas y páginas roídas
la voracidad del cuerpo, esa insistencia en recordarnos
el centro evasivo, la lluvia, el germen que nos celebra.
Añoro todo lo que traza el último, desesperado camino
por recuperar el viejo orden, los encuentros a deshora,
la jarra escanciando agua en la memoria.

Dónde estará mi cuerpo, bajo qué tapia ordena su despojo,
cuántos ángeles de yeso custodian su caída,
su festín para insectos, sus hojas amargas.
Dónde me habrá dejado.
Abandonado en el puerto podría estar,
entre peces intoxicados y estrellas de mar, a la orilla
de una espera sigilosa, entre gaviotas y bañistas,
entre la seducción de una ola y el cangrejo eremita, esperando,
esperando que la barca que partió en el medioevo
llegue con su carga de vihuelas, soles fermentados y locos.
Que llegue así la barca, que los demonios con sus cruces
y los ángeles que se regodean entre uvas pisadas decidan,
que decidan si mi cuerpo merece tripular la nave.

Mientras tanto las cosas se desvanecen,
y la tristeza es un fantasma atravesado
que no se puede combatir con las herramientas habituales,
vale decir la sogá y el cuchillo.

Cae al fondo del pozo, como las armaduras del Caballero,
como las lágrimas de su Escudero,
nuestro cuerpo perseguido por el trueno,
cuerpo mortal sagrado
que nos abandona en la mitad del camino.

El susurro de las paredes, la saliva en el oído,
el eco de tu nombre reverberando en la caverna,
la interferencia del relámpago en la radio,
el cuchicheo de los enanos del circo
en noches pulverizadas por la fiebre,
el llanto de la viuda, el hallazgo sorpresivo de la levadura,
el botín de insectos que el niño atesora, el estallido
de unas flores amarillas entre tus piernas,
un trío de mendigos cantando *Septiembre bajo la lluvia*
en este abril tan poco cruento,
nada de esto tiene sentido y se desvanece,
y por un mandato irrevocable todo debe partir
como parten los Reyes detrás del espejo
en el cuarto de las Meninas.

Todo tan mortal evanescente
cuando el cuerpo decide abandonar el juego,
el triste juego de las presencias,
cuando el cuerpo, como un Lázaro arrepentido,
se da la vuelta y nos abandona
en la hora afantasmada y sin retorno.

Esto no tiene por qué salir de aquí,
aunque se deje de creer en muchas cosas,
hay algo que no debería traicionarse,
no la insistencia en sogas y cuchillos,
sino ese bajo continuo
que marca un paso que no es fúnebre, sin astucia,
a la espera de que bajen los santos ebrios de luz
por las cortinas en donde se enhebran
los últimos trazos de la tarde.

Escucha al día,

su estatura llevando tallos de olivo por el desierto,
y las mulas de la partida.

El día que llora lentas gotas de sal,
el día clavado en su cruz
por un tiempo que no retoñó, por un pájaro
de canto extraviado.

Escucha desde tu lado sin orilla
el paso cabizbajo que se desgrana
cuando la mirada desciende de las alturas
como un menguante de tallo abandonado.

Que el día ya no existe,
que hasta los cuervos te han abandonado,
que el jardín de los olivos fue incinerado,
que sólo existes, Señor,
colgado en los alambres, en los crucifijos del día,
chorreando la tinta en la que se remojan los huesos
de una exhumación sin Lázaro.

Atraviesa un campo de reses muertas.

Sigue el camino de los derrumbes y los vapores,
no bebas de aguas pestilentes, deja atrás la cuarentena,
no te detengas a ayunar sobre el cuerpo mortificado
de un demonio en el desierto.

La serpiente se enrosca.

Su veneno es la persistencia de una huella
que el viento no puede borrar.

Tienes la fe de las montañas, el vino del agua,
la insaciable sed de los bienaventurados.

El desierto sólo tiene
una serpiente que se enrosca en su agonía,
un demonio que no puede dormir, fatigado por el sol
y esa tristeza suya que es tan antigua
como el día en que se perdió el Paraíso.

Limpiar la sangre que brota de tus sienes no consuela.

No encuentro en la penumbra del cuerpo mortificado
el boquete de la ascensión.

El aleteo de un ángel precipitado en el abismo,
en la orilla última de las cosas, donde el principio
y el fin no se encuentran, donde el filo no anuncia retorno,
donde te he dejado masacrado por una fe que no te pertenece.

Y te digo que soltar las amarras
no te dará el sosiego de los muertos sin resurrección,
ni ésa sombra que parte huyendo de su cruz.

Más allá todos somos cómplices,
ponemos piedritas en los zapatos, nos multiplicamos con los panes
y los peces del deseo, somos cómplices sin saberlo,
aunque a ratos nos miremos de reojo o nos busquemos
la desembocadura del pelo, aún así, y sin que esto nos quite el sueño,
todos conspiramos bajo el pie, en las entrañas del monstruo,
somos el contrapunto en el seco lenguaje de los huesos, aquí, abajo,
aliviamos la sed de los que llegan creyendo que parten,
les alisamos los cabellos, les damos un beso en la frente
y una flor de augurio, de buen augurio para que pasen
o lleguen o partan, no importa, porque así nos movemos
aquí o allá, donde somos los mismos de siempre,
balbuceo, dominio de la fruta caída,
nuestros cuerpos y su reparto de migajas,
somos el pan y el hambriento, somos lo que queda,
ese es nuestro secreto bajo la lumbre de la antorcha en el subsuelo,
morada de palma, nuestra conspiración crece
como un vegetal, como una sombra que se encuentra con otra sombra,
también hay pastillas para el insomnio y nueces para los que buscan,
los que se consuelan cuando los cuerpos se celebran
en un festivo deshacerse, un guiño de ojo bajo la mesa,
un incesante parloteo para espantar a los que ordenan los desvaríos,
la materia informe, tan a la deriva, tan sin timón y sin historia,
tan sin causa ni consecuencia, como un plastrón metafísico,
como un Dios embaucado con sus manías corpóreas, como intentar devolver
una moneda o un zapato rescatado del océano,
como los brotes de esa semilla que crece hacia abajo
y nos conduce a la cómplice permanencia
en donde todos uno, todos nada.

Es un proceso lento, erosivo,
con la quietud de la hoja sumergida
en el fondo del estanque,
con esa lentitud de espera que tiene
esa toronja verde sobre la mesa.

Esto no quiere decir
que de vez en cuando se escuchan voces de algarabía
anunciando la llegada con trompetas y platillos,
pero es que rápidamente el cobrador, con el timbre en su dedo,
reclama que es final de mes y ni siquiera se ha partido.

Labor de caminos circulares, de callejas oscuras que resguardan
al asesino, a las cometas caídas, a esa cosa que no pudimos nombrar,
esa sombra que se quedó sin su palabra.

Lenta es la partida, con pies de contrabajo macizo,
la gárgola y su agua devuelta,
y esa voz que se quiebra en la madrugada
preguntando por la razón de la demora
mientras las teclas de un piano vuelven por *Stella by starlights*.

Porque arriba
hay algunos que manejan todo,
que escriben, que cantan, que bailan,
que hablan hermosamente,
y nosotros, rojos de vergüenza,
tan sólo deseamos desaparecer
en pedacitos.
Carlos Germán Belli

No se olviden de nosotros,
los que volteamos a ver qué es lo que sangra,
los que recogemos papelitos extraviados y marcamos con vehemencia
números telefónicos de mujeres desconocidas.

No se olviden de nosotros cuando avancen,
los que compartimos el queso con los animalitos del subsuelo,
los que nos estremecemos cuando una semilla comienza a brotar.

No se olviden de quien apaga las lámparas,
el que no es bienaventurado ni quiere serlo,
el que descrece y se descose,
el que memoriza la agenda telefónica y estudia con atención
la órbita de los días en los calendarios amarillentos.

Se sabe que no es nuestro el reino de los cielos,
y la verdad es que somos soberbios
por nuestros pequeños actos de malabarista
en la descosedura, sobre el hilo atónito.

No se olviden, no se olviden de nuestra utilidad
como reservorio o potaje, quién sabe,
a lo mejor en su avanzada necesiten
un poco de tierra de sepultura,
bichos de monte, antenas minúsculas, pétalos,
aunque sea para animar la velada, como rareza si quieren,
quién sabe, no se olviden, no se olviden de nosotros.

Quién pagará los daños,
quién pagará la ausencia, la bebida consumida,
los estragos de tu boca maldiciente.

Todas las almohadas incineradas, el colchón ahuecado,
el reloj que ha perdido sus agujas y su cuerda,
ese quejido en el costado, el clarinete partido, quién los pagará,
quién se atreve a revisar sus bolsillos,
a desplumar al loro que ha observado todo desde su jaula,
quién, dime quién despide al gato en los tejados,
quién recogerá este polvillo acumulado, estas uñas,
estos papelitos con direcciones que jamás visitarás.

Se exige una respuesta, no puede haber atropellos
sin enmiendas, pésames, récipes, se exige una palabra
de consuelo o de condominio, aunque sea el detergente
para lavar estas manchas en el cuarto.

Esto no se puede quedar así,
que vengan los responsables, que nos devuelvan
las flores amarillas, que canten a coro con los ojos cerrados,
que nos inviten a bailar en el *Rainbow Room*
hasta que se acabe la noche.

Alguien, alguien tiene que pagar,
quiero doncellas, ballenas, hielo, burbujas,
botellas descorchadas, aves desplumadas en la mesa,
es que alguien, mi Dios,
alguien tiene que pagar este desastre.

Los gatos, místicos de la sardina,
espantan los maleficios.

El caminante se da cuenta que después de un pie viene el otro,
y luego el otro, y así va pagando en cómodas cuotas
las camas de alquiler.

Esta noche echaron a los jubilados y les marcaron
estampita y sello, una cuerda se partió y los sapos
saltaron al estanque, la cucharita descargando el azúcar
en el abismo de una taza de café, y alguien que canta
When the saints go marchin'in y pide un puñal
y que lo bese su abuela y que los santos terminen de marcharse.

Cómo no tragar grueso cuando el avión deja su estela,
cómo deshacerse del caracol, cómo no perder las uñas
en el buzón, cómo dejar de asustarse, corroncho,
cuando golpean el vidrio de la pecera
con esos dedos de criminal sin oficio.

Deja que tu animal con tan pocas costumbres
siga haciendo lo mismo de siempre, lo que nadie le enseñó,
sin estrategias ni horarios, sin aparecerse en tu oficina
ni recordarte nada, así, que se quede agazapado
como el corroncho en el fondo del estanque.

Todo esto es cierto,
la fuga del día, el puntapié, la partida,
las muecas en noches de llovizna,
noches en que nos sentamos a sacar
conejos hambrientos de los manteles
y nos miramos de reojo destrozando servilletas
y nos hacemos bromas de consuelo que alguien celebra,
una mujer riéndose del funámbulo
en la descosedura de sus medias.

Hay poca sal en nuestra piel, como si el mar
no quisiera nada de nosotros, así la carcajada
del santo bebedor, un sabio que no conocemos,
un gato negro al que seguimos
por las azoteas donde se duerme con las sabanas caídas
y los lirios de la noche derribada.

La broma concéntrica, tartamuda, pertinaz,
la dicha del caminante que se transforma en camino,
frasquito de colonia que se evapora sin que nadie lo use.

Digo esto, digo que es cierto el día en fuga,
esta grieta que te inaugura
al territorio donde tu cuerpo es el reverso
de un desnivel inapreciable, una hilacha entre los dientes,
polvo de Reyes remotos que se acumula en el ojo.
Todo esto es cierto, desde la mentira
con el buey que la jala
hasta tu nombre que trato de olvidar
al olvidarme de mi partícula y su encierro.

Enciendan las lámparas,
que el día y su habitante moroso se han fugado
y nos dejan de rodillas, con vergüenza,
una mentira jocosa
que justifica en su precario arsenal
que alguien ría y se coseche su muerte, su jarrón,
su mancha y su tachuela, sin olvidar el traje del abuelo.
Esta broma y su piraña.

Enciendan de una vez por todas las lámparas,
mientras nosotros abandonamos a hurtadillas esta casa,
introduciendo el pie en la cisura,

llevándonos la fuga, dejando el día colgado en un alambre.

Sólo el impulso de ahondar la mirada
en este vasto territorio desde afuera presentido.

Que tu espantapájaros sea el lugar
en donde cuervos y niños oficien
la celebración de tu impulso,
como un brujo que aprende degollando flores.

Impulso que ilumina el callejón
de la palabra y su cosa que se aleja
con el susto de la ardilla.

Los cuervos y los niños siguen bailando
en torno al espantapájaros que te espanta y ya no es tuyo
en este vasto territorio desde afuera presentido.

Es tarde, el sol se quiebra
en las ondulaciones de un agua oscura.

Voces tardías devuelven el eco
del caminante extraviado.

Abajo los portales, las sillas, la madera, el fuego abajo.

Ya el dolor siempre amarillo,
ya el umbral, el bostezo, el aroma del cansancio
en los gestos que te animan.

Es tarde y se podría decir que no de tiempo
sino de alas, de boca, de manos voladoras.

Llegar al territorio del blanco monótono,
interminable en su glacial espesura.

El vendaval es un Dios traicionero
que se agita en estas latitudes,
los líquenes son una pálida amenaza
a la impasible aridez polar.

En medio de la tormenta el cuerpo se va desmoronando
por no llegar, por el hambre y el frío,
por no encontrar el sitio axial
en donde la gélida luz se torna azul.

Antes de quedar sepultado bajo la nieve
hay una voz de polvo lunar que tiritita,
un pez prehistórico que se descongela,
un mensaje cifrado que nos dice
que no hay motivos para quejarse.

A 60 grados bajo cero, en este sepulcro
de nieve incandescente,
es completamente inútil arrepentirse.

Hace ya tanto tiempo

que decidimos abandonarnos en la taza de café,
en la costumbre de amontonar acordeones accidentados
y remover la tierra de los materos,
en ese zapato extraviado, sin par, testigo
de un fatal accidente.

Hace ya tanto el árbol, la casa ardiendo,
el cielo rojo por la sangre evaporada,
tanto y tan poco lo que queda
cuando la fruta ácida reclama tu cuerpo
y un animalito subterráneo hace morada en tu piel.

Detenerse en la respiración de la ola
cargada de muertos sin tumba untados de algas,
y esta flor amarilla perfuma su mediodía, su escándalo de soles,
ahí en donde nos abandonamos, en la descosedura,
sin perder el hilo de la descosedura.

Hay un cristal empañado que oculta
el jardín donde todo reverdece nuevamente,
y nosotros no podemos ver, pues hace ya tanto tiempo
que perdimos el ojo en las bombillas.

Recién ayer descubrimos la trampa, el ojo siniestro,
el susurro detrás de las puertas, la conspiración de los espejos,
la trampa por la que nos abandonarnos en las gavetas,
bajo la ducha, en el refrigerador, ahí dejamos nuestros cuerpos
congelados hace ya tanto tiempo.

Arrimar la mirada hacia estos lados,
hacia esta orilla incierta.

Cambiar de pelambre, robarle secretos al día en fuga,
remojar dolores lejanos en cloroformo.

No hay casa ni árbol que te sostenga, sólo polvillo,
polvillo que suelta el rufián contrabandista
cuando huye en medio de la oscuridad
con canarios y santos petrificados en su alforja.

Y es que siempre se vuelve a tantear
los instantes rebosantes de elegías como elogios
por lo que tanto sufre, por lo que se queja en otra parte,
por el grito y su bachaco subterráneo.

Arrimar la mirada sin barca hacia este naufragio de la orilla,
hacia este nuevo mundo clavado en el pecho, con la señal,
la boba señal que anuncia que es aquí, aquí la pólvora,
aquí la poesía y sus secuaces,
y el bufón sobre el tinglado
haciendo del extravío una pirueta
mientras se escuchan las palmas.

Los techos se marchitan.

Los amigos se van dentro de nubes que parecen murciélagos
y desaparecen en donde el horizonte entierra su clavel.

Los duraznos entregan su pulpa
a la tierra que los engulle como un conejo hambriento.

Dime qué paso con los amaneceres derretidos y las cerezas en tu boca,
con esa tierra prometida de elefantes andando por verdes praderas.

Seguimos sin encontrar el aliento que ahuyente
al aguacero de querubines que escupen la sal de tus lágrimas,
mi dulce criatura,
no llores sin que tu insecto te acompañe,
acurrúcate en las esquinas en donde se pierde tu cuarto,
ahí donde sólo cabe el corazón sin esternón,
donde el musgo galopa sobre las ausencias,
déjame abrazarte bien fuerte y soltar las amarras para que partas,
anda hacia la luz prometida, no veas atrás,
no me mires enterrando la cabeza en la arena,
velando el cadáver del canario o haciendo maromas
con cuchillas baratas sobre la piel de mis conjuros,
mortal criatura,
camina de puntillas, recoge los pétalos que va soltando la tarde,
hazte un navío que enamore al viento
y te aleje de mí.

Aquellos que buscan profundidades no saben
que detrás de la nieve azul existe
un lugar de raíces y tierra negra
del cual no podrán regresar.

Descienden absortos en su búsqueda
tras la humedad de un beso largo.

Pero una vez abajo
serán olvidados para siempre.

Quizás ésa sea su recompensa.

Evadirse de estos días, de los huesos

del rumiante trasnochado.

Recoger los vidrios del accidente
para ofrecérselos al tragafuegos.

No aspirar más que al pellejo, la concha,
el bagazo de este derrumbe, este amargo de cenizas
esparcidas en el aire,
inundación, nube negra, cosecha sin presagios.

Una lámpara asoma sus espectros,
y en el páramo de esta noche callada
hay un hombre con puñal, con sangre en la boca,
degollando horas y flores,
restos de la batalla, rostro amado,
fruta lejana, ventanas rotas.

Son ciertos tipos de días, resbaladizos,
los recibes nervioso, con las orejas estiradas,
y te empujan hacia un lado, abriéndose paso
entre una muchedumbre que aclama
por tu cabeza, por tu oreja caída.

Es un malestar de dedos hurgando explicaciones
entre colillas encendidas en el umbral de la madrugada.

Es no encontrar en el desorden del clóset
una palabra personalísima que nos abra el esternón.

Es la premura de la sangre cuando huye de los asesinatos,
los vientres aplanados por las aceras, los años recién suicidas,
tribunas de espectadores sin rostro, constelaciones sin nombre
escabulléndose en puntillas, o caminar con las manos hundidas
en los bolsillos rotos, manosear monedas cuadradas en desuso,
tocarse la pesadumbre y auscultar su sonido de uña en pizarrón,
sus ganas de toser, sus huellas de elefante en la sequía.

Es algo que aletea sin ganas detrás del esternón,
que intenta volar pero no puede, que escupe con indiferencia su tedio,
que llora de tanto bostezar y se mantiene pegajoso
mientras dura el vicio de decir
que la sustancia que lo compone
está hecha de días sin orden ni propósito
rumiando ciegamente en el calendario.

Todo este tiempo he intentado convencerte,
suelta la mano, entrega tu oreja, resuelve a tu becerro,
no le temas a las brasas ni a que te confisquen los pasos,
todo en este mundo tiene su precio, las nubes blancas
y la trompeta de Shatmo, quién da más, a ver, revisen bien sus alcobas,
los cofres, los reptiles, revisen, revisen, arriesguen la quijada,
no importa que el ojo se les pierda en la ruleta,
que los sombreros sirvan de pluviómetros, que suene esa guitarra
abandonada en medio de la luna en el centro de la plaza,
que canten los viejos, arriba esas dentaduras postizas, arriba esas próstatas,
arriba las palmas, arriba los bastones persiguiendo enaguas,
quién se atreve a entregar su sombra,
suelten las pezuñas, los bachacos, las alcancías,
hay que amaestrar los colmillos, pulir las máquinas de afeitar,
sin miedo a arrepentirse, el arrepentimiento también es rentable,
a ver, a ver, quién da más.

¿Dónde acaban los restos del naufragio, a la deriva,
el rezo del hueso en la playa, el impronunciable
rezo ante la anunciación calamitosa ?

T.S. Eliot

La ola me ha devuelto,

por eso estoy aquí, empuñando esta triste certidumbre
en el extrañamiento de vaciar la mirada
porque nada había en su interior, porque a pesar de los oráculos,
de haber lanzado la única moneda en la profundidad del océano,
a pesar de haber visto
reinos sumergidos, escombros, el barro que se canjean
los esclavos del sueño,
a pesar de vaciarme el pecho para recibir al mar
con sus sonoridades de hembra en celo,
no traje nada, nada tengo de los ocultos poderes,
ni el anillo que creí mágico,
ni las algas, ni las pezuñas recuperadas.

Sabido es que el mar aborrece los crímenes,
por eso la ola y su cresta asoleada
montaron sobre mi lomo
y dejaron que este cuadrúpedo reventara una vez más
contra las piedras.

Como si el cuerpo destilara una sustancia amarga,
como si el despojo estuviera negado a la humedad,
como si haber soñado el sueño de los otros
hubiese sido una señal para el naufragio, justo ahora
que no puede haber mayor naufragio
que el de este cambio de piel, Saturno
que cambia sus anillos por una corona de huesos
de todos los animales que rumiaron tu punto débil,
esa blancura presentida en tu colmillo sin sangre.

Es así
que cuando pretendes pasar de contrabando tu cuerpo
con sus penas agazapadas y la manzana en la boca,
cuando casi logras escabullirte, cuando a hurtadillas
intentabas robar el pan con su cerilla y pasar de largo,
en ese fulminante instante
el mar te ha entrado por tu calcetín roto
y la ola te ha devuelto
porque el mar no soporta crímenes.

Hasta entonces sucumbiremos.

Y se dice que está bien, que haber llegado hasta aquí
es un premio para el primate, una razón para el colmillo,
triunfo de la estufa y el vapor, la excusa para celebrar
que sí podemos, cómo no vamos a poder,
llegar y habitar con la molicie del que come uvas después del banquete
para recordarnos que existimos por la costumbre de croar.

Han pasado varios años, años disueltos en el aire,
este aire denso de muertos cobardes, viejos patriarcas
con ateromas y sus máximas predicando
cómo es que se debe seguir para seguir estando
arrellanados en cómodas cuotas
que pagaremos depositando nuestra muerte en el buzón,
previa doctrina, previa sugerencia, previo aprendizaje
del destino y sus destinatarios.

En este año que se borra, año de asepsia y amnesia,
se ha reafirmado la capacidad para el cabeceo,
el gesto inoportuno, la ilustración en lo que concierne al despertar,
requisito indispensable levantarse con empeño, luchar
contra la justa reprobación de las legañas
cuando prolongan los brazos del sueño.

Y para los sueños, las fugas nocturnas,
esas fisuras por donde se asoman las flores amarillas,
en fin, para el no retorno con que amenaza todo alegre despertar,
tenemos la interpretación de lo sueños, manual práctico y accesible
a cualquier peatón, a cualquiera que suba o baje cumpliendo
el oficio de malgastar la materia, a cualquiera que abra bien los ojos
porque cerrarlos es peligroso, porque es probable encontrar cómplices,
más allá todos somos cómplices.

Digo que me quería sepultar para escuchar desde abajo
la desesperada canción del desperezo, para hablar con las perezas,
entender a las peras, abrazar al olmo, compartir mis gusanos
y ponerle piedritas al olvido, contra el olvido, sí,
el olvido y sus rectores de capa escarlata y sus moradores momificados.

Digo sin saber realmente dónde estoy, pues no me siento
en el sillón de los doctos, y el grito de una bruja y su cartomancia,
ese grito me sube con el humo de la sopa, aclaro que no soy
el hijo pródigo, que apenas tengo los años que me han sustraído
y la vida es otra cosa cuando se comercia con mi cuerpo

en el mercado de la palabra, Bagdad y sus manos cortadas,
todos los perfumes de un tiempo que no podemos recordar
porque si fuese así, qué pasará con la estrategia que permite
el avance de los vencedores, el erguirse sobre lo adverso
tal como lo hicieron nuestros próceres
cuando triunfaron sobre el eructo mientras sonaba la retreta,
y así vamos bogando, bogando hacia el amanecer.

Sólo digo o dije que estas líneas tenían otro rumbo,
lo de la sepultura con peras, repito, era por ahí la cosa,
pero me entró el deber en mi estatura
y debo morir como un patriota o como un enano.

Eché cuchillo, degollé unos cuantos conceptos
que me trajeron hasta aquí, y esto no es más
que un pretexto para volverme a equivocar.

Debe ser porque siento que sucumbimos pensando
en el tiempo, que me entran estas ganas
de volcar esta exclamación con cejas
en el grano del instante que se disuelve
en la saliva de este poema.

Busco todavía

la compostura amorosa del objeto perdido.
Podría decirse que no es hora, que este minuto ensanchado
reclama otro tipo de excusa, otro enjambre
donde despoblarse. Pero llegan los cavadores de siempre,
esos zafios que obstinadamente arruinan la flor de plástico,
la única que tengo, y no por ser de plástico menos natural
que la lluvia mojando tus cabellos.

También los trenes dilatando el horizonte, el silbido fulminante
de un barco cuando parte, también esto podría exhibirse
como reliquias apetecidas por los cavadores
que revuelven mi sangre como un espeso brebaje.

Aún no toma forma
el amado objeto que me convoca. A veces
se parece a la mirada húmeda de un león enjaulado
o se disuelve como el grano de azúcar
en la saliva de un minuto desconfiado
que mira de reojo el destino de esta inútil empresa:
la eucaristía del objeto sin la forma que su amor reclama.

El minuto yace boca arriba
entre las manos rojas de estos zafios,
estos cavadores que no se conforman con la flor de plástico,
la única que tengo, no por ser de plástico menos natural
que el último minuto
de esta expiración del objeto perdido
y su amorosa compostura.

Tenía que ser así,
noche con cuerpo bajo lámpara,
con viejos temores desenfundados, lejos de las voces
que celebran la llegada, lejos de los metales y la pedrería.

Tenía que llegar hasta el umbral
en el despojo de lo que nos ciñe, bajo lámpara,
en este aquí de minutos que pasan encorvados para no engordar,
sin música de falsas sedas para cobijar al amor.

Porque da susto tanto abismo sin respuesta
–tantas preguntas sin abismo–,
y hay un nombre que no me es dado pronunciar,
pues los dioses son mezquinos con sus pócimas,
dioses inciertos que apenas pueden apagar velas
como los muertos cuando se asustan
y callan para dar paso
al poeta bajo lámpara deshojando futuro, cantando
la tristeza de las cosas arrebatadas por los minutos,
bogando hacia un lugar extraño donde no hinquen las ausencias,
donde la única consistencia sea flotar.

Y aunque no es posible descifrar al destinatario
de esta noche con cuerpo bajo lámpara,
es justo decir que tenía que ser así,
así la noche,
así este cuerpo y su lámpara.

El cachicamo llega por las noches

con dolor de madriguera camino al borde del precipicio
su huella hace vacilar a los cazadores
busca yerbas en la piel que me convoca
el cachicamo come mis pies
quiere que yo sea su cueva por eso llega de noche
a la hora en que la vela desamarra la casa
haciéndola flotar como una hoja encendida sobre el río

El cachicamo reclama mi cuerpo
para llenarlo de huecos bajo tierra
para arrastrarlo a la ceguera los milenios de su concha
el cachicamo sabe que es la hora del trueno
por eso llega sin permiso escarba
cerca del pecho busca el olor de mis muertos

Vacila entre el matorral y mi espectro
no se conforma con quitarme la casa y su noche guarecida
quiere las velas de mi funeral quiere el caldo de los sueños
los restos de la vida abandonada
la venganza por el escorpión asesinado

El cachicamo en su terremoto busca
su propia carne devorada
a la hora precisa en que se apagan las velas
mi cuerpo se me pierde
entre el follaje de hojas descompuestas.

(Mavaca, Alto Orinoco, 21.07.95)

Inútil Registro

(1998)

El vacío es más pequeño que un naipe
y puede ser grande como el cielo,
pero lo podemos hacer con nuestra uña
en el borde de una taza de café
o en el cielo que cae por nuestro hombro.
José Lezama Lima

HAY QUE VADEAR CON CUIDADO EL PASO

Hacia dónde nos lleva
esta corriente silente de agazapado fervor
por la erosión, por el desgaste
de aquello que se oculta
bajo la alfombra de lo aparente y regular.

Cómo vibran los cristales, los delantales y los lápices
cuando la corriente arrastra en la mitad de nuestra sombra
los sedimentos de lejanos cadáveres, desperdicios aliñados
con el desafecto del que renuncia, fragmentos
limados con aquél mondadientes
que alguna vez usamos
mientras soñábamos heroicas proezas, las más cálidas
promesas de suicidio o de amor.

Hay que vadear con cuidado el paso en estos momentos
en que la corriente insinúa su voraz inclinación,
la resolución acústica de llevarse entre sus piedras paleolíticas
los restos del naufragio, aquellas ofrendas
que dejamos, sin darnos cuenta,
a un inasible dios que olvida, aquellos sermones
inútiles en medio de la borrachera, el llanto del cangrejo
bajo el sol, el llanto y sus múltiples modulaciones, la uña carcomida,
las cerillas encendidas, el amargo tabaco consumido.

EL DÍA

Hacía ya dos horas que el día no
avanzaba, dos horas que había
echado el ancla en un océano
de metal hirviente.

Albert Camus. *El Extranjero*.

El día se ha detenido, con qué modorra
de espectro deambulando a mediodía,
el día y su rémora de consuelos
por el no avance de sus agujas,
por la fatiga de sus comienzos, se ha detenido
o envejecido enormemente sin haber nacido
este día que prometía tácticas florales, dulzainas y tamborileos.

No avanza, se regodea en su atolladero, echado
como un perro que quiere morir, indiferente
al hervidero de preguntas y cuestiones
acerca de este inusual desplomarse en el aquí, huyendo
de lo sucesivo, extraviado por caminos
que conducen al puerto donde se embarcan
las cosas que jamás volverán.

Ah, este día tan blanco con un no se qué
de pájaro inhibido de volar, este día tan bueno y manso
y tenaz por no querer ser
un número más del almanaque deglutido,
este día plantado
en el énfasis de no discurrir y quedarse aquí,
parado, desdibujándose, aniquilando su compostura
sin detenerse en su afán de no avanzar.

DIOS TENGA PIEDAD DE LOS ERRANTES

Dios mío, ten piedad del errante,
pues en lo errante está el dolor.

Heberto Padilla.

En la errancia está el dolor
del dromedario extraviado: un violoncello
colgado como una res
en el patio inundado por lluvias de junio.

Toda la espera, toda la alquimia insomne
en la diáspora de un hombre abandonado a su devenir,
con las hojas quebradizas de otoños acumulados,
con manos abiertas y ojos inundados en el andén.

Sólo en la errancia todo el dolor concentrado
a la manera de un menjurje
donde la yerbabuena machacada
destila el líquido aromático
de su comunión truncada con la tierra.

El resquebrajarse de un dolor tieso que se acumula, y suma
los lápices partidos, los cabellos caídos,
el mulo muerto al filo del abismo, la cajita de fósforos
humedeciéndose en la madrugada, el llanto
bajo las almohadas, todo el sucio descifrado
de la ropa zurcida, todo lo que sopla y se inflama
en los minutos que ensanchan la errancia.

Dios tenga piedad de los errantes,
y que el agua brutal de sus ánforas se torne en vino;
que una musiquilla ascienda hasta sus labios
haciendo mecer
los eucaliptos de la huída.

SALA DE ESPERA

Esperamos que una luz de linterna o antorcha
nos deleve aquello que extraviamos
en el cuarto oscuro.

Sentados en fila, acariciando el puñal
como acaricia un ciego su bastón,
esperamos que nos llamen para abordar el vuelo,
con la triste certidumbre
de que pudimos abandonarnos, cuando era posible hacerlo,
en una zanja, en una mínima franja o en un motín,
pero no lo hicimos y es por eso
que estamos aquí, en esta sala de espera.

Entre sillas desordenadas,
como lo suelen estar al final de las fiestas infantiles,
entre periódicos viejos, trapos usados y cocuyos muertos,
repartimos las últimas promesas, los últimos deseos
que se desmigajan con el polen de las despedidas
en el aire enrarecido por un sol desvaído.

La voz estereofónica
que nos llama, uno a uno, con la promesa
de que encontraremos en el cuarto oscuro
nuestras monedas perdidas, nuestros botones caídos.

PASEMOS REVISTA

A ver, pasemos revista: allí están las cosas íntimas
con la costumbre sobre el lomo, almacenando viejos rencores
ya olvidados por nosotros. La mesa y su llanura
y sus taras invencibles, también la luna
del primer beso hecha añicos, la solapa de un sobre
que por miedo nunca abrimos. Las sombras, a ver,
las sombras y sus ademanes tristonos
como los de algún dios embaucado.

Las promesas huyen por un pasadizo estrecho
y se esconden en un punto donde la luz se devuelve arrepentida.

Todo está en calma, de esa calma
que nos ofrece la resignación de la pérdida, pero exactamente
¿qué es lo que se nos ha escapado e intentamos recuperar
sólo por la vanidad de enarbolar la memoria
a la manera de una estrategia cautelosa
en el asunto de apuntar el agua de los ojos
a la resolución de un llanto a hurtadillas?

Pasemos revista, a ver las bajas, las municiones,
los moribundos, las degluciones,
todo lo que se acumula en forma de residuo,
de reclamo tácito por la palabra no pronunciada,
por el inoportuno movimiento del cuerpo, por el libro
o la mano que no estrechamos a tiempo
cuando era urgente hacerlo.

Un vistazo a los fragmentos del desastre, un guiño
a los restos de esta debacle mínima, vespertina,
una discreta reverencia a sus sonoridades dodecafónicas
para espantar al tiempo, el tiempo que por demás hace lo suyo
y no tiene medida ni culpa
de estos escombros sobre la mesa y su llanura
y sus taras invencibles.

EN UN AQUÍ DESVINCULADO

Tendríamos que abandonarnos, casi en puntillas,
sin hacer mucho ruido. Dejar las conchas y el envoltorio
para el disfrute de los metafísicos
o para la desesperada colección de los arqueólogos del futuro.
Pensar, bueno, ya bebimos el agua que quedaba,
ya clasificamos a los árboles según su tipo de inmensidad,
ya estrechamos una mano con otra, ya se han disipado
la sospechas, las malas intenciones.

¿Quién escribirá, quién pondrá en un sobrecito
las hojas secas de nuestro dolor compartido, quién registrará lo inútil,
lo que es dúctil a la mirada oblicua, la silenciosa rebelión de los objetos?

Sólo el hueso, no de un pollo, si no de un hombre
que se sintió como un pollo,
con su irreparable miedo a los niños y a los inodoros,
tan sólo un hueso puesto a la mala, las migajas
de un pan que se deshace, la pólvora quemada
y algunas palomas indeseables
que de verdad merecen ser estranguladas.

Todo esto como una representación
del tiempo que por aquí pasó, de aquél recuerdo,
como una antorcha al final de la jornada,
el recuerdo de estas líneas que fueron ejecutadas
para encontrar, a las puertas de un sueño rarísimo,
un cachicamo muerto adornado con flores violetas.

Tendríamos, verdaderamente tendríamos que abandonar,
buscando esa lejanía que nos conmueva
en un aquí desvinculado.

LOS DOMINGOS

Los domingos se muere uno un poco. Por esto el miedo
a la hora en que se ensanchan los minutos lentos,
expectantes, de la noche. Y están los restos
del naufragio de la semana: la mirada rabiosa del cobrador,
las ofertas, en obscenas agencias, de viajes imposibles
a paradisíacas islas del Pacífico,
la rutina del crimen en las páginas de sucesos, las crónicas,
los divorcios, la mirada húmeda de un perro enfermo,
el temblor de un pájaro enjaulado que presiente el colapso de su dueño,
la misma viejita vestida de luto insultando al frutero.
Restos de la semana que se acumulan en las brasas del pánico,
pánico de imaginar que se muere uno un poco con los desperdicios
de una semana igual que las demás, sin novedad al frente
y sin que doblen las campanas.

Se escucha el ruido de transistores encendidos por todo repique,
por todo ritual funerario, en el falso silencio de la noche
de este domingo en el que miramos al cielo esperando alguna señal,
algo que rompa la extenuante tensión de extinguirse
sabiendo que al día siguiente nada habrá pasado
y lo anterior será olvidado con un borrón y cuenta nueva
muy propio del descarado optimismo falaz
de los días que componen el armario o proceder
de una semana que se avecina.

LOS RESORTES

De alguna parte tuvo que haber salido este resorte.
Alguien ha perdido su condición elástica, el soporte,
la complexión que amortigua el peso de lo que no pudo ser.

Despertar y encontrar como despojo de un sueño
los resortes atónitos de alguien,
quizás yo, quizás aquél que pedía clemencia
a los dioses nocturnos en una cacería desatada.

Los resortes oxidados, piezas ausentes
de un mecanismo que colapsa y provoca
las excrescencias de una memoria inútil: la hoja brillando
en el río arremolinado, el fondo sin forma del pozo,
el limo que yace abajo, ese bracear hacia la superficie,
hacia la luz, boqueando y saboreando
el aire que ya no será el mismo, pues la muerte tiñe,
se infiltra poco a poco sin que lo recordemos fácilmente,
a menos que inexplicablemente
perdamos los resortes en los bolsillos o en las lavanderías,
en el lugar del botón caído y del bombillo quemado, en cualquiera
de los recodos donde encallamos a diario.

¿Qué decir entonces cuando los resortes abandonados
señalan un sentir que no es elástico,
que no es el natural volverse sobre sí
después de un forzoso estiramiento?

Veo resortes atónitos
abandonados en los buzones, cayendo de las manos que se agitan
cuando el tren se aleja,
en el pasillo que nos conduce al insomnio, junto al bultito
que nos sale sorpresivamente en alguna parte del cuerpo,
en el bullicio, sí, en pleno bullicio saltan los resortes
y se quedan ahí, separados, ausentes, idos.

PORQUE A QUIÉN APLAUDEN SI YA EL BUFÓN SE HA MARCHADO

Estás en medio de la luz: enfrente
se abre el enorme golfo de tinieblas
donde hay alguien sin duda que te acecha
con sus mil ojos ávidos. A veces lo oirás
toser, reír como a hurtadillas, estornudar quizás,
estremecerse; nunca lo vas realmente a ver.
Inclínate, pues, como caña al viento, pero cuida
bien el dibujo de la curva: todo es arte al fin.

Eliseo Diego

Estar parado en el punto ciego
de este solar invicto aún. El fuego
no se atreve a arrasarnos todavía,
el fuego espera, con trémula aquiescencia,
por lo que se dice y se teme,
por lo que se añora y se emborriona,
en este rellano de tinta apresurada,
solar donde la luz cae a carcajadas, a borbotones,
aventando polvo de una utilería desvencijada.

No veo a ése que escucha en el fondo, detrás,
murmurante, en las tinieblas,
pero se presiente el movimiento de sus dedos, el deslizarse
por la butaca tanteando el sitio más esponjoso,
la respiración adormilada, el cabeceo
y sus imágenes fugaces, sus pompas de jabón, su fastidio.

Mil ojos ávidos apuntan hacia la explanada
en donde la luz se torna círculo,
y el Bufón, agazapado,
invisible en medio de la luz, indecible
en cuanto a caída y retorno se refiere,
con el telón a punto de desplomarse,
brotando palabras como brota el calor de un cuerpo exangüe,
sumergido en la luz ciega que baña el escenario
en donde no hay a fin de cuentas nadie,
sólo el trazo de una curvatura, el dibujo
que describe el arco de la fuga
hacia otras estancias en donde se borra el rostro
y queda eso sin nombre
como una res colgada en los ganchos del asombro.

Porque a quién aplauden
si ya el Bufón se ha fugado con su cuerpo a rastras
por una puerta especular que no veíamos antes, acto de magia

sin conejos ni serruchos,
acta de defunción, asesinato o suicidio alumbrado
por la luz cómplice del reflector.
El Bufón en fuga que deja caer
su reverencia como un acto póstumo,
su cuerda floja, su cajón de conejos asfixiados,
sus palabras que flotan, como colonia barata, sobre los que cabecean
y sueñan con cosas lejanas.

Porque a quién aplauden
si ya el bufón se ha marchado
y no hay claroscuro en el que guarecerse,
y sólo queda el ratón huyendo a hurtadillas con su queso,
y la luz recia bramando en el solar inclemente.

SE FUERON MARCHANDO

Se han ido marchando, tragados por la tierra,
vueltos humo en la diseminación de nuestra especie,
se han ido a poblar otras estancias, alumbrados
por una lámpara de luz exangüe,
se fueron retirando poco a poco,
uno por uno y sin que nadie los viera,
casi en puntillas se fueron arrimando
tiernamente a las sombras.

Ya no los veo alzando sus raíces mojadas,
ni bebiendo ni hablando de un sin fin de cosas.
Simplemente se los tragó la tierra, el camino persuasivo.

Partieron en silencio, con mucha pena en sus oídos,
en sus labios alguna cancioncilla para espantar a los malos,
pero con mucha pena, aferrándose
a lo que podían, trozos de vida compartida,
una almohada rota, un libro de fauna submarina,
una aguja extraviada de su hilo,
el centelleo de una bombilla que se fue apagando.

En la nebulosa los presiento. Ya no los escucho
hablar de tantas cosas ni cantar ebrios al borde de la eternidad.
Simplemente, uno a uno, guiñándole un ojo al espejo,
se fueron marchando.

LA CASA SAQUEADA

Nos han robado los cubiertos,
el mantel roto que cosió la abuela y la maceta agrietada,
también nos robaron
los discos viejos, rayados, de Gardel y Nat King Cole,
los ruidos ínfimos, la gotera en la madrugada, se llevaron
las flores de plástico, el payasito de madera sin brazos,
hurtaron las penas de sus rincones, removieron una mancha viejísima
con forma de mariposa negra en el techo.
Sin consideración eliminaron
el jarrón reconstruido al cual le faltaba un pedacito,
y la oruga momificada por el tiempo
la trasladaron a un museo de curiosidades, y la rosa seca
entre las páginas de un diario, la rosa de mi hermana enamorada,
se la robaron también estos ladrones sin nombre.
No perdonaron al cofrecito en cuyo interior
aguardaba el reflejo de luna
de una noche del setenta y uno,
profanaron la tumba del canario,
hicieron del regio bastón del abuelo una palanca de cambios,
acallaron la música de los cristales,
pensaron que todo había que arrasarlo, que todo era inútil escombros.
Llegaron puntuales a poner punto final
al sonido de la casa deshabitada.

FIN DE AÑO

Apoyando los codos sobre la mesa,
ascendiendo con el humo de este caldo, pasando revista
a las cosas que aún no han partido, enumerando
la pólvora gastada y el tabaco consumido,
deteniéndose en la última hilacha de la fruta consumida,
cavilando en voz baja
para que escuchen los ausentes, los que se revuelcan
en las cenizas del año.

Reparando en el desvanecimiento del año, con el énfasis en lo postrero
o claudicable mas que en el año en sí mismo,
porque ajustándonos al reposo de los párpados, ¿qué es lo que nos asusta
cuando un año boquea y sus escamas son la alocada pirotecnia,
el ruido entronizado, el abrazo, la lentejuela desprendida,
un sin fin de uvas martirizadas por el deseo, y tantos muertos
registrando en el clóset y preguntando por sus trajes?

Entonces la mesa, los papeles obstinados, el humo,
el encorvamiento de las cosas y sus minutos
pasando cabizbajos por el abrupto despeñadero
del año entrante y el año que muere,
esa zona ínfima en que se abona el deseo
y se tritura el pánico del fin con almendras y nueces.

Que no se rompa la copa, que el destino nos libre
de la incómoda labor de descorchar recuerdos espumosos
en esta noche de incertidumbre en donde se insinúa
el festivo horror de lo que está por venir,
la casi orgánica descomposición de lo que fue.

DONDE SE BORRA LO QUE QUEDA

Tal vez sea por esto
que pensar en un hombre
se parece a salvarlo
Roberto Juarroz.

Hay una página humedecida,
un sitio inexacto en alguna geografía sumergida
donde se me convoca,
donde se borra lo que queda.

Alguien me piensa,
sé que alguien asume el gatillo o lava las flores
—un hombre huyendo de su sombra
 en el mediodía del desierto,
otro imitando el llanto del jaguar para salvarse—.
Sé que alguien ha soñado y entrevisto,
en un bajel incendiado por los hombres de la media luna,
el rostro abominable, mi rostro partiendo.

Alguien afila su espada en la víspera de la batalla,
piensa vagamente en lo que pudo ser en otro tiempo,
presiente su muerte al final de la jornada.

 Un niño y un anciano
registrarán sus bolsillos, lo desnudarán,
se llevarán las pieles que lo protegían del frío.
El niño no olvidará el rostro de quien afilaba su espada,
y pensará en él antes de caer vencido
en un desembarco inútil por tierras del Nuevo Mundo.

Alguien, en algún lugar, nos piensa,
sé que alguien se equivoca o tiene miedo,
entonces allí nos piensa, nos convoca a la ceremonia del temblor
en la página humedecida
donde se borra lo que queda.

LAS MARGARITAS

Aquí traigo las margaritas
recogidas a la vera de un camino pedregoso,
acumuladas por siglos y soles desvaídos
y manos tan blancas como un río a mediodía.

Las margaritas depositadas por el silencio de la espera
a las orillas de ésta página trasnochada.
Las margaritas de este día
en que se paladea un triste júbilo, un sospechoso
sentimiento de pared blanca, de enredadera
en el enrejado de un domingo,
de cuerpos tendidos en un caluroso verano.
Margaritas remojadas en vino tinto, con sus tallos indolentes
y sus torsos relampagueantes, anunciando sin discreción
las constelaciones de un tiempo más amable.

Aquí están las margaritas. Sus colores se asoman
entre signos que pretenden dejar constancia
de la casi milagrosa aparición de estas flores
que han atravesado silentes territorios
en donde el deseo no cristaliza sus formas.

Es el momento en que el blanco se abre
para dejar llegar de tan lejana travesía
a estas margaritas que traen
destellos de una frágil eternidad.

UN ORDEN

Un orden,
una morada simple
aún en el desgaste.
Alfredo Silva Estrada

Porque hay un orden, la medida
en pleno motín, un recodo preparado por un beso,
el hueco dentro del árbol cuando cae la noche.

En el hombre que prepara el brebaje —en sus ojos
apaleados por la infamia y las persecuciones—
arde el mineral tantas veces buscado.

Hay un orden en el torbellino de papeles blancos, una palabra
como una casa donde protegerse del frío.
Hay, afortunadamente, un punto ciego, un punto muerto
donde el vacío nos devuelve
nuestro cuerpo resurrecto, aromatizado, descansable.

Tiene que haber un orden,
la guarida en donde las voces del motín no penetren,
el sendero oculto a la altura del ojo, el cojín palpable
bajo la cuerda del equilibrista, en fin, un clóset
o una gaveta o un sobre amarillo que contenga
las ganas, las brevísimas ganas
de continuar sonando en el latido del mundo.

Ese lugar donde tan bien se está,
lejos del tráfico incesante, lejos del jolgorio del yo
y con el cuerpo espacioso, bañado
por la luz ocre de la siesta de un fauno,
el cuerpo extático con las palabras en reposo, en recodo,
en respaldar sólo paladeable
porque sin duda allí todo está al fin en orden.

POEMA DE LAS MARAVILLAS

Supongamos que el cristal se reblandezca,
volviéndose suave, suave como el humo,
y podamos traspasarlo. ¡Oh!, pero
si es verdad que se convierte en una
especie de niebla!. No será nada difícil
pasar ahora al otro lado.
Lewis Carroll.

Traspasar el cristal hacia el otro lado
en donde nos espera la llama
de una vela que ayer apagamos.

Las flores desaparecidas encima del desván, las flores
que el tiempo transfiguró en cenizas e insectos,
quizás allí, tras el cristal, exhalen aromas olvidados.

Bracear sin cansancio por la niebla
en dirección contraria a la procesión de los objetos.
Volverse humo, ser lo suave en el traspaso
y más suave aún en el desvanecimiento del espectro.

Tránsito insólito por un efímero transcurrir,
hilos invisibles en el aire del traspaso
por el cristal sin nombre en donde el tiempo
es música sin compás que anula
la grafía del estar corpóreo.

Júbilo entronizado en el que se deshace el sostén,
así el insólito transcurrir por bosques de niebla
en donde se conflagran nuestros nombres.

Qué sorpresa recobrar el rostro arrebatado, la pezuña
que nos robó la noche, esos pequeños objetos
que sin darnos cuenta traspasaron el cristal,
un botón caído, una aguja en el monte, una pieza de ajedrez.

Y cuánto gozo en la llama que creíamos extinguida,
cuánta espera hecha presencia inaudible,
cuánta baraja sin su número,
cuánta abertura sin su contraseña oclusiva,
cuánta niebla en el traspaso
haciéndonos nada difícil pasar al otro lado
en donde nos espera la llama
de una vela que ayer apagamos.

LA TEORÍA DEL AGUJERO

Desde este agujero
miro cómo se esconde el ladrón de los Girasoles de Van Goh,
cómo se mira al espejo el impostor, el sueño del tordo
sobre una rama delgadísima, o al hombre que escribía
cuarenta cuentos por semana
y sin embargo se aburría.

Este agujero es el principio del mundo,
pero podría ser su final también.
Agazapado, escucho la rompiente del día
sobre el lomo amortiguado de las horas.

El novelista no encuentra a sus personajes, por eso desarma
su máquina de escribir, mientras el hombre más poderoso del mundo,
encaramado en la cima más alta de Manhattan, chupa un caramelo de cereza
y sueña con ser cazador de leones en la noche Africana.

Se aprecia, no sin dificultad, a un General de Brigada
jugando con pompas de jabón, a la vez que su ejército
se apresta a conquistar una isla abandonada.

Veo una mujer encerrada entre las páginas de un libro,
esperando que la rescate el fatigado lector
que vuelve en subterráneo a su cuarto
después de una larga jornada.

Este agujero es un cápsula espacial
que nos muestra, a través de la escotilla,
el envejecimiento prematuro del hombre
y a un dios muy aburrido comiendo chocolate crudo,
llenando interminables crucigramas,
como abúlico y distraído, a lo mejor embaucado.

Pero el agujero es una condena.
Una vez que estás adentro
no eres más que una sombra,
un trazo afantasmado.
Sólo te podrás manifestar
cuando en mitad de la noche
se parta una rama
o vibren los cristales

LO MÍNIMO

Busquemos, detrás de los signos,
la pulpa de lo que antaño saboreamos
cuando nos sumergíamos hasta el fondo del pozo
en busca de una moneda o un beso hundido.

Detrás de los signos las voces perdidas
en la algarabía del recreo infantil:
 los caballos que triscan de alegría
cuando suena el timbre de salida
y repican las enloquecidas campanillas del heladero.

Ahí están, con su grafía de escarcha, componiendo el desorden
que deja la desmemoria, como nos amansa el vaso de vino
cuando la noche entra al hogar tiritando de frío.

Ahí, detrás de los signos, contra lo hostil,
contra el olvido y sus moradores de capa escarlata,
los moradores que dictaminan, que corrigen la torcedura de la raíz,
que sentencian el derretimiento de los caramelos en las gavetas.
 Contra el olvido y su labor de larva eficaz,
están los muñecos mutilados, los calcetines ahuecados,
las ganas de ser astronauta,
la extraña escritura de humedad
que deja sobre el suelo la piedra removida.

Bajo la sombra de un Apamate,
como un ejército de Lilliput, pulula lo mínimo,
con catapultas y refugios subterráneos,
junto a las hormigas que almacenan el paso del tiempo
en forma de picadura de hojas y retamas.

Porque lo mínimo murmura y se empeña
en sobrevivir, en resguardar las breves ganas,
los intentos fallidos, el derrumbe silencioso
de un castillo de arena
o el latido fugaz de la felicidad
que reverdece en la página del que está aprendiendo a escribir.

En un rincón del tamaño de un grano de maíz
pulula lo mínimo como un pichón engrandecido,
y para sentirlo sólo hace falta un extravío,

hace falta palpar el invisible cojín bajo la cuerda del equilibrista,
hace falta no llegar para llegar hasta el sonido del guijarro
que golpea tu ventana a medianoche
devolviéndote a la conversación inentendible de tus mayores
—bajo la lluvia, en el portal, donde se presiente una despedida—,
a los ruidos del cuarto de al lado, junto al muerto reciente
que enciende sus propias velas.

QUE NO SE LLEVEN LAS LÁMPARAS

No importa que nos quiten la mesa o el papel,
ni que se lleven esas migajas que atesoramos bajo la almohada,
pero que no se lleven las lámparas, su recinto
en donde la noche encalla, su voluntad de abrir paso
a la mirada que se hunde en el cuerpo sorprendido.

Se pueden llevar los lápices,
las sillas, los rincones, aun la luna
y sus insoportables metáforas, pero no las lámparas,
no nos dejen ausentes a la merced de los zafios
que no comprenden el mecanismo en que las lámparas revelan y ocultan,
pues quien se antoja en pruebas absolutas sabe poco del claroscuro,
territorio donde se erigen las lámparas,
resguardo de los que dudan a cada rato y desconocen
la correcta división medianera de los caminos sucesivos,
refugio impalpable de aquellos que están dotados
de la tormentosa condición de un germinar constante.

Bajo la lámpara se deshace el santo y el criminal, dejando sus cuerpos
en la hendidura, imperceptible al ojo solar, que separa
y compone lo claro de lo oscuro.

Cuántos sucumbimos diariamente bajo la lámpara,
depositando pellejos y suspiros en sus intersticios.
Cuántos, entre las letras borrosas del último libro del día,
no dejamos nuestros cuerpos ahí, en el lugar
donde la lámpara oculta e ilumina,
donde se gesta la mínima épica cotidiana
del rutinario desaparecer entre las sombras.

LA PREGUNTA IMPLACABLE, DURA DE ROER

Alguien nos pregunta, en una callejuela de la noche,
qué vamos a hacer el resto de nuestras vidas,
en qué lugar echaremos cenizas en vez de raíces,
y cuántos ceniceros y papeles arrugados.

Se pierde en lo oscuro esa voz que nos escruta,
que nos agarra desprevenidos con la mano al cuello
en el espejo de un baño público, y nos lanza un guiño,
una mirada cómplice cuando en el parque
los viejos hablan con los pájaros.

La manera en que te miró aquél perro apaleado en el suelo,
mientras todos reían en el polvo levantado de los secuaces,
qué vas a hacer el resto de tu vida, pregunta aquella mujer
que abandonamos en la mesita de un café,
las manos juntas, los ojos como pozos, la falda de flores.
Y aparece la casa abandonada junto al canario
que se nos muere de neumonía, desarropado
en la noche más fría, más cruenta.

Con el perdón por el inventario,
lo que se cuece no es un catálogo
más o menos anecdótico de lo que hicimos
o dejamos de hacer, sino mas bien el invisible acento
de lo que nos acecha con sigilo,
la voz que pregunta por nuestra maqueta
después de haber perdido las manos
en un naufragio de días que se alejan boquiabiertos.

DE UN MODESTÍSIMO AVERNO

Eso que se atraviesa en la madrugada y de golpe
en medio de la carretera.

El pálpito de mirar, desde el otro lado de la orilla,
la singladura sin remedio de la barca de los locos,
lo que no encuentra su puñal, la difícil cerradura,
la urgente sepultura, el cuerpo cubierto de musgo en la alcoba.

No podíamos, simplemente en el estar aéreo
no podíamos soltar las naves, quemarlas
o dejarlas evaporarse con el frasco de colonia.

Nos íbamos dejando, como deja la flor su color
en el agua del florero,
fabricando inocuas piruetas en el limbo,
deshaciendo los argumentos
como se deshace un barco de papel.

No sabíamos que la colisión y nuestros huesos en el umbral
romperían el maleficio.

No sabíamos que estar al borde del precipicio,
allí donde sólo se arriesgan
las flores de barranco y el viento arrepentido,
nos señalaría el sendero por donde saldríamos
no sin temor, no sin nostalgia,
del entrañable sucederse en aquél limbo
de un modestísimo averno.

LOS CANGREJOS TAMBIÉN LLORAN

Habrá que registrar el sonido de lo que se quiebra,
la rama que cruje denunciando el paso de alguien
que huye o espía detrás de la puerta, la queja del frutero
por la fruta no vendida, las viejitas de luto perorando
por el deplorable estado de las l pidas,
el ladrón de flores que azota al vecindario.

Basta echar un vistazo al derrotado ejército
de los crustáceos, agitando inútilmente sus pinzas,
sin que nadie los escuche,
esperando cada uno su turno para ser echados
en el caldo que los ablande y los disponga a ser consumidos
sobre mesas donde hay alguien
que se queja de la úlcera y de la vida en general,
haciéndole un guiño al mesonero
para que traiga la sopa de los cangrejos vencidos,
reblandecidos por el calor,
con sus pinzas quietas, su carne suculenta.

Y luego del festín, del chocar de copas,
de la queja compartida con aceituna y tenedor
y la respectiva palmadita de consuelo,
el residuo sin nombre
de lo que queda del paso disimulado, silencioso,
de estos crustáceos.

Sobre los platos
las conchas que ya nadie quiere, un eructo
que alguien disimula, y las pinzas tiesas
con un desvaído acento marino.

Los cangrejos también lloran.

VOCACIÓN DE AUSENCIA

...Alguna oscura vocación de ausencia
Olga Orozco

Mira cómo parten las huestes, ávidas de sangre
y de gloria. Hombres que sin saberlo
morirán anónimos en el fango, entre estertores
de caballos degollados y una bruma maligna, insistente.

Un navío zarpa con el descarado optimismo
que antecede a todo naufragio. Se pierde, hundiéndose
en la luz de un mediodía marítimo, calcinante.

Pero también, acercando la mirada más acá,
mira cómo ya no estás, cómo te has ido.
Revisa tus alforjas, aquello que queda
en tu cesto íntimo: bolígrafos sin tinta, trajes encogidos,
desteñidos temores, un zapato sin su par, la espuma
de un decir rabioso, maldiciente,
y palabras como yerbas arrancadas por la misma mano
que decapitó al tritón de la fuente en el parque.

Pero no es que las cosas tiendan a la fuga
lo que hace su vocación de ausencia,
sino que lo que verdaderamente cruza el umbral
en el proscenio de lo visible, jamás se despide,
jamás enarbola para sí su predisposición al tránsito,
como el crujido de la rama en una noche de tormenta,
como la muerte del pájaro en su propio nido.

La vocación de ausencia, el tacto silencioso
de quien atraviesa de puntillas
el aparatoso salón del festín, y en plena celebración,
entre copas alzadas,
se desvanece con la burbuja del champán y se apaga
con la luciérnaga, y cuando llega el alba
nadie se da cuenta, y el que está ausente,
aunque no lo sepa, siente el cosquilleo
de un oscuro presentimiento
sin darse cuenta que se va, que ya se ha ido.

En cualquier momento podríamos abrir los ojos
y después cerrarlos y seguir durmiendo, sin sospechar

que la puerta estuvo entreabierto un instante
y una pradera amarilla estaba esperándonos.

MY SHINING HOUR

Estoy contigo. No me ahogué
bajo las aguas del Yang Tsé, aún sigo
aleteando un brazo, apenas uno, pero no importa,
sobreviví a la gripe española —la de 1918—
congelado en una isla cercana a Groenlandia.

Estoy contigo, otra vez, como un papiro escrito en sánscrito
que aparece entre los escombros de una ciudad perdida
y vuelve a la luz, aunque no sea posible descifrar su contenido;
 como aquella vieja pócima
que alguien rescatara después de siglos de esfuerzos,
pero que al ser revelada nadie supo para qué servía,
si para curar los callos de los pies maltratados por el camino
o para hacer más creíble la felicidad
que con su relámpago injusto a veces nos paraliza.

Ha pasado mucho tiempo y sé que me olvidaste, pero estoy contigo
y no lo sabes. He regresado del Levante
y traigo un astrolabio para tus noches, y una orquídea
de mi hundimiento en la Amazonia,
una orquídea para el hambre de tus días.

No mires al firmamento
buscando alguna señal, no te distraigas
en los microscópicos laberintos
de la hoja que flota sobre el estanque.

Aquí estoy, aunque no lo parezca,
aunque te digan que me he ido.
 Detrás de tu puerta,
con un pétalo de flor descongelada
sobre mi hombro derecho,
estoy contigo, otra vez.

Fiesta de San Damián
(2002)

más allá del dolor y del placer la carne
inescrutable
balbuceando su lenguaje de sombras y brumosos
colores
Blanca Varela

MUERTICOS

Muerticos que dan risa en sus carromatos, muerticos como papas hinchadas por la humedad. Les agarraba la mano para que se despidieran, les frotaba sal en los ojos para que parpadearan, les decía vamos, muerticos, digan algo, anulen sus testamentos o escupan el veneno, muerticos, escupan que no dan miedo y no asustan ni a las pobres cabras de un clérigo blasfemo, les decía, mostrándoles sus pañuelos manchados, muerticos con sus ramitas y estertores. Pero están tan quietos, muerticos, que provoca echar maíz en sus cántaros para que engorden y vuelvan a piar.

MARTILLAZOS

Van subiendo las beatas con sus panes bajo el brazo. El herrero regresa a su habitación, ebrio, con las manos oxidadas. Una mosca es claveteada en la pared. Los martillazos ahuyentan a los gatos. Brillan en los pasillos los platos de leche. Se trafica incesantemente con pienso, bombillas, biblias orinadas por bebedores de cerveza, lápices que agujerearon sábanas.

LA SOPA

Los vimos llegar, cerúleos, untados con aceite de lámparas. Después de olerlos, aterrados, los inquilinos ofrecieron a la pira de San Juan muebles viejos y libros forrados con cuero de antílopes, libros que contenían pócimas para el lumbago y la cirrosis de los difuntos. Pero ellos venían, venían, raspando con sus uñas las paredes, buscando mohos en las habitaciones. Ellos venían, sí, venían pidiendo de puerta en puerta un poco de sal para su sopa de vértebras trituradas. Nadie afiló sus cuchillos, nadie llamó a los trompetistas. Y ellos a sus anchas, subiendo o bajando por las escaleras, mordiendo vigas de madera y mondadientes usados. Iban pidiendo, por Dios, pidiendo, con encomiables eructos, una ramita de cualquier cosa, un brote verde de algún cuerpo azulado, cualquier telita de traje descosido. *«Algo, por todos los santos...»*, decían, con lagrimones de muñeca llorona desgredada, sí, ellos decían: *«Por las pezuñas de todos los santos, algo con qué condimentar nuestra sopa...»*.

EL GALLO DE LOS DEFENESTRADOS

Lo bajamos de la veleta que está en lo alto de la torre de los defenestrados. Luego lo metimos dentro de una jaula de madera y lo alimentamos con velas, aceite de lámparas, clavos oxidados. Pero nada, la bestia no cantaba. Despellejamos los libros del *Cuadrivium* y le arrojamos los cueros, a ver si así se animaba a cantar. Semillas de girasoles, pétalos de magnolias o las mollejas de los puercos que pertenecieron a los últimos condenados, nada, nada le hacía cantar. Entonces lo despiezamos, después de embriagarlo con belladona, sin contemplación. Luego lo engullimos. Los más escrupulosos se sacaron las plumas de la boca antes de eructar. Y esperamos, mirando hacia el Levante, hasta que llegara el amanecer. Lamíamos, temblorosos, nuestros cuchillos. Con la lengua afuera, salivando, esperábamos que uno de nosotros se encrespara de repente y cantara, cantara con toda la rabia del que ha tenido un pajarraco atragantado durante toda la Cuaresma.

CORDEROS EMBRIAGADOS

Los rostros amanecieron hinchados. En los cántaros había un líquido borroso y nadie quiso probarlo. Entonces comenzaron las averiguaciones: cada quien tuvo que dar cuenta del número de insectos voladores atrapados en la cera derretida de cada una de sus velas. Los que encontraron un corazón de buey todavía latiendo en el frigorífico tuvieron que persignarse antes de engullir la víscera en el acto.

Llegaron las viudas a canturrear rancheras y salmodias. Los trompetistas prefirieron empinarse en la azotea para tocarle a los perros apaleados, a los cojos, a los gorriones que se estrellan contra las ventanas.

Los inquilinos tenían la certeza de que habría sopa a mediodía: un caldo comunitario con las costillas, las vértebras y el esternón de los corderos que, embriagados con éter, se habían quedado dormidos en los rellanos.

SUS TRAJES DE DOMINGO

Ella los seduce con morcillas que penden de una viga apolillada. Los inquilinos responden con salmodias y escupitajos. La luz de la ventana les hinca el lomo y no les deja ver el montón de papas mordidas en un rincón de la sala. Revolotean como moscas cuando la mujer les lanza una costilla –en medio del alboroto caen al suelo grageas, dentaduras postizas, un puñado de cebada. Y ella ríe como lo haría una niña malvada que desinfla un balón ante los ojos de un mono hambriento. Y palmorea, marcándoles el ritmo, mientras ellos se manchan sus trajes de domingo.

OSTINACIÓN

Duermo con el hacha bajo la almohada. La sangre en la ventana me congestiona los ojos. Sé que afuera murmuran. Escucho el roce de los vestidos embalsamados con naftalina y las cuentas de los rosarios deslizándose entre los dedos de las beatas. Muy pronto vendrán a buscarme para hincarme con lápices mordidos. Vendrán también los trompetistas y se llevarán mis latas de conservas oxidadas. No habrá más filetes ni pellejos. Estoy harto. Eructo con mucho sentimiento para comunicarle a Dios que no deseo ser más su Verdugo. Vomito las clavijas de los violoncellos descuartizados y los cabellos de las doncellas. Espero en mi escondrijo, como un cordero satisfecho, amoratado, ebrio, espero a mis futuros cuervos, los que saborearán mis ojos, los que mañana orarán en las carnicerías.

ALEGRÍA DEL CARNICERO

Alguien ha lamido los cuchillos. Un amarillo de trompetas fundidas aviva la llama de una vela que se está apagando. Afuera los ancianos mascando sus mendrugos, la risa de los inocentes en monopatín, el afilado silbato del amolador. Te doy las gracias por este manso día, sin crujido de vértebras, sin la balanza en donde se pesan nuestros despojos. He de salir libre de culpas y mostrarles a los viandantes que canturrean con sus perros y sus sombreros y sus gaseosas, para mostrarles a gritos mi uña sin coágulo, mis colmillos sanos, romos, blanquísimos.

EN ESE CUARTO

Llegaban despacio, arrastrando sacos con huesos y dedos de santos, haciendo señas con sus lámparas en alto. Se limpiaban el sudor con alfombras persas que habían robado en Róterdam. Pero no preguntaban por nadie, solamente pedían silencio y que cesaran los eructos. Que por favor no dieran tan duro con el hacha. Que no se sonaran las narices con la misma mano con la que despiezan al animal. Que no chuparan la cuchara y la volviesen a meter en el caldero en donde estaba servida la sopa. Que se contuvieran un poco, por todos los santos, pues en ese cuarto la luz se empozaba dulcemente en cada rostro, como en un cuadro de Vermeer.

SAN DAMIAN

De la fonda salen las viudas manoseadas. Un ahorcado va arriando con su soga a los mendicantes. Los enanos se arrastran por el piso recogiendo las monedas grasientas que les lanzan las hijas del ventero. Los comensales duermen sobre la mesa. Las cabras del clérigo han comenzado a patear un cubo de papas vacío. Los trompetistas, somnolientos, aúpan a la concurrencia con una fanfarria sincopada. Las lerdas lechuzas se han escapado de las jaulas. Voy hasta el mesón por un trozo de carne y sólo encuentro huesos relamidos, migas, platos rasguñados. Un niño con la cara sucia me ofrece un pedazo deforme y gris que ha sido masticado durante la Cuaresma. Es el dedo de San Damián, patrono de los barberos y los cirujanos.

DESHILACHÁNDOSE

Hunden sus hocicos en los ceniceros, buscando servilletas húmedas, el dedo de San Damián, recortes de prensa con ofertas de empleo, cualquier cosa quieren para no seguir arrancándose los botones de sus trajes o trinchándose las orejas con sus lápices sin punta. Están adentro, sí, chapoteando en charcos de cerveza barata, armando trifulca porque ya quedan tan pocos sastres, Dios mío, y ellos sin costura, ay, deshilachándose.

LOS COMENSALES

En la entrada de la fonda el ventero recibía a los comensales con un barreño de agua sucia. Adentro, un olor a morcillas y ajos chamuscados. Los primos del ventero jugaban a escupirse. Las viejas iban repartiendo trapos de cocina a los que ya estaban sentados. Los niños, descalzos, se sonaban las narices en medio de una algarabía de eructos. En la mesa, con la hogaza de pan al lado izquierdo, y el cuchillo y el vaso de vino en el lado derecho, los comensales inflaban sus carrillos, imitando a los trompetistas. Entonces comenzaron a rasguñar los platos, a trinchar con el cuchillo la oreja del que estuviese al lado, pidiendo gritos que trajesen de una buena vez la fuente con el lechón en salsa. El ventero y sus hijas llegaron a tiempo para colocar la fuente sobre la mesa, a la vista de todos. Los comensales metieron sus hocicos en la fuente, sin levantar la cabeza, engullendo todo lo que estuviese disponible a la altura de sus ojos. Se escuchaba un ronquido de feroces cerdos. El ventero contaba las monedas, mientras los comensales gruñían sobre la mesa y se disputaban las trenzas de sus hijas.

INUNDACIÓN

Los grifos están abiertos. Una fauna minúscula chapotea, festiva, saltarina, reproductiva. Hay un escándalo de sábanas, almohadas empapadas, cuerpos a la deriva como jabones que se deshacen. Se inunda la habitación, sin quilla, sin timón. El único inquilino que queda, como un Jonás hinchado de alcoholes, meditabundo, acústico, resbala por las paredes viscosas.

ESPERANDO LA REVELACIÓN

Quieren escupir pero no pueden. Confían en sus pañuelos, intentan ordeñarlos con sus bocas desdentadas. El ventero les levanta los pies, buscando esputos para sazonar la sopa de sus hijas. Ellos quieren escupir, mas el líquido turbio se les va acumulando rencorosamente. Encaramados sobre la mesa, llaman la atención de los comensales con fémures y dedos de santos. Los peregrinos mastican con devoción los trozos de tocino. De sus ennegrecidos pulmones saldrá un líquido fulminante.

LOS NIÑOS

Los niños orinaban encima del mesón. Se les mandó a azotar con una brida de caballo. Pero ellos siguieron mostrando sus chorros a las viudas que se cubrían el rostro con pañuelos manchados de flema de sus difuntos. El ventero reía y escanciaba un vino ácido. Se reía con el tenso morado de su barriga. Pensaba que esos niños aprenderían muy pronto a blasfemar sobre la carne del antílope. Tan orgulloso porque algún día ellos desflorarían a sus hijas, cómo salivaba el ventero, viéndolos orinar, imaginándose que muy pronto los pondría a cazar, a desguazar, a partir leños.

LOS TROMPETISTAS

Los trompetistas están ensayando en el cuarto. Detrás de la puerta aguardan las plañideras, revolviendo nutritivas papillas para los músicos. Toda la bulla de los trompetistas no es suficiente para aplacar los chillidos de los puercos desventrados. Las beatas en los rincones piden, con lentos rezos masticados, que esa música no despierte la cólera de los santos desollados y que por hoy estemos a salvo del ojo bizco del carnicero y de los apagones de luz también.

EL VENDEDOR DE SUDARIOS

El vendedor de sudarios se detiene en el umbral y mira cómo gotea en el cántaro la sangre de los animales desollados que aún cuelgan de los garfios. El carnicero hace una señal con una oreja ensartada en el cuchillo. El vendedor ofrece cubrir los despojos con su mercancía. Al amanecer, cuando los barberos afilen sus tijeras y le den de comer a sus canarios, habrá, frente a la puerta del carnicero, un lío de trapos coagulados. Los inquilinos se encargarán de bordar plegarias, arrancar ronchas de las paredes, espantar a las hienas. Del vendedor de sudarios sólo quedarán sus telas y sus sandalias.

LA ALCANTARILLA

Es una alcantarilla abierta en plena calle. Los inquilinos olfatean y picotean los intestinos de esa ballena que regurgita todo lo que se ha bebido. Vienen de chupar con sus bocazas las tetillas de las leonas de las fuentes públicas. Quieren zambullirse por la alcantarilla para entonar viejas canciones de marineros encallados. Quieren zurcir nuevamente el himno del equipo local. Van llegando, embutidos en sus gabardinas, procedentes de aduanas, notarías o casas de beneficencia.

LA BATALLA DEL TRAIADOR

Camina entre cadáveres recientes. Un viento helado alza los trozos de las banderas desgarradas, esparciéndolas por un campo en donde se escucha la labor de cuervos y zamuros. Los caballos degollados miran el paso vacilante de quien ha llegado tarde a la batalla. Un niño y un anciano espulgan a los guerreros caídos. Camina sobre cuerpos que yacen con las quijadas tensas: rostros desfigurados por el metal, el aceite ardiente, el barro. Su paso se atasca como una rueda rota en el lodazal de la culpa. Desde un cielo desteñido, el Héspero apunta los restos de una brutal carnicería. El hombre maldice a los planetas y da manotazos en el aire, como queriendo bajar el telón del escenario. El hombre añora el mar. Sólo la sal es capaz de cicatrizar la infamia, el resquemor de los traidores.

TRIFULCA

Los comensales están armando una trifulca por sus hígados fileteados. El tabernero pide calma mientras se pasa la mano sobre la frente, pues le chorrea un sudor amarillo parecido al color de los almanaques con los que los buenos hombres se limpian la grasa o la ceniza de sus hocicos. Pronto llegarán los enterradores con marcas de hierro en sus lomos y en sus nuca. Con baldes de mercurio y escobas llegarán para acabar de una buena vez con esta trifulca.

HABRÁ BUEN VINO

Los comensales miran cómo se fermenta su propia carne, mientras pisan uvas en los urinarios y eructan hasta el cansancio. Añoran el olor de los jabones y los jazmines. Sueñan con botellas transparentes que les sirvan de floreros en sus habitaciones. El carnicero pasa una vez al día para alimentarlos, trayéndoles colillas de cigarros y servilletas picoteadas. El ventero les ofrece vino ácido mientras registra en sus bolsillos buscando una moneda, una semilla de girasol, un puñado de alpiste. Viene también el tragafuegos y les escupe cloroformo para darles ánimo y decirles que sí, que el año que viene ganará el equipo local y que habrá, pobres almas en fermento, en verdad habrá buen vino.

DESDE EL OJO DE LA CERRADURA

Desde el ojo de la cerradura, como un camello indigesto, veo el oro fundido de las trompetas entre vísceras derramadas, costillas, sacos de cebada. El carnicero se ha marchado a afilar su hacha en un jardín de olivos. No sabe que a su cuarto llegaron los trompetistas para ahuyentar a las hienas. Las paredes se iluminan con las velas de los que vigilan en los rellanos. Crece una flor amarilla en un rincón del matadero.

Paso en falso

(2004)

De entre ellos los mejores
fueron víctimas y verdugos a la vez.
Joseph Brodsky

PORQUE NADIE SABRÁ SU ORIGEN NI SU FINAL

La noche es un río
que arrastra cuerpos en los hoteles de paso
y canciones aporreadas por los centinelas

El pardo y traicionero río
que como un óleo se derrama
y nos mancha y nos arrastra calle abajo
hacia sumideros que nadie podrá precisar
porque es éste su secreto:
la noche se filtra por donde nadie se lo espera
y los que vigilan con sus linternas
 sus cuartillas en blanco y sus antídotos
siempre llegan tarde
y de nada les sirve que pongan sobre sus balanzas
los restos que la noche va soltando
las pestañas en el lavamanos
la flecha del neardenthal la bota de fieltro
la varita del hada desgredada
cacharos abollados que van quedando
en las aceras y en los estacionamientos
restos que se descaman de la noche
y se escurren por los desagüaderos

Cuando los centinelas encuentran un hilo de sus trajes
 una aspirina o un transistor roto
ya la noche está en otra parte
destilando su furia en forma de vasos rotos
y termómetros que dejan escapar el relincho de los afiebrados
y teléfonos que repican sin que nadie responda
y tantas cosas sin origen ni final.

¿CUÁNTAS VECES TIENE QUE MORIR UN HOMBRE PARA ESTAR MUERTO?

Se dice siempre que uno muere dos veces:
una primera vez, y una segunda cuando alguien
encuentra una fotografía tuya y ya no sabe quién eres.

Christian Boltanski

Se sabe que un cadáver, un sano cadáver
con las mejores intenciones,
ha de recibir palazos sucesivos y más contundentes
que las palas de sus enterradores. Son los palazos
de pequeños descuidos: el canje de los trajes
y fotografías del difunto
por unas cuantas monedas en el mercado de pulgas.
Se sabe que una buena mortaja está hecha
de muertes sucesivas, de sucesivos desencuentros
frente al espejo de un ascensor.
Será por eso que varias veces moriremos
después de haber muerto en cada sueño,
en cada bañera, en cada esquina.
Será por eso que miro una vieja fotografía y me pregunto
cómo han llegado a ser anónimos
estos rostros que ya nadie reclama.

EL JARDÍN DONDE TODO MURMURA

Recójanse en sus guaridas
los hombres y las bestias.
Concentrar bajo techo las mantas,
las humeantes tazas.
Que fluya por la garganta de las gárgolas
la voz de una memoria antigua.
Que se aquieten los amantes
en los cuartos de alquiler.

Sólo por esta tarde
callar, frotar los cuerpos contra los ventanales,
oír cómo resuenan secretamente
las rejas, los cristales, los estanques.

Retroceder con cada gota
hasta el jardín en donde todo murmura.

LA FRANJA

Arden
los últimos conjuros de una lámpara,
y por esa franja se deslizan
los esclavos del sueño.

Miro sus rostros hinchados,
barbitúricos, cerúleos,
queriendo de veras
habitar esta página.

Tan atontados por la búsqueda
de un lugar que no está aquí.

SOBRE LA TELARAÑA

Sin embargo, ellos vienen derrotados y tímidos;
hambrientos de nuestro calor y nuestra risa.

Luis Fernando Álvarez

Como un pajarraco disecado
que aparece de repente en el clóset,
así encontré un recuerdo sobre la telaraña.

El recuerdo se mecía
con la indiferencia del tarado
que se columpia en el parque.
A veces parecía que estuviera a punto de caer,
pero la telaraña lo sostenía.

Hay corredores por donde se deslizan,
a hurtadillas, los muertos de la casa,
reclamando silenciosamente algún recuerdo
como a las puertas de una Iglesia
pide una moneda el pordiosero.

Estuve conversando con mi lámpara,
triturando bombillos
que alguien lanzaba por la mirilla.
Estuve quieto, bajo techo,
esperando que un recuerdo
se balanceara sobre la telaraña
y cayera a mis pies.

Cuando el último inquilino
esbozó una mueca de rey de barajas vencido en un garito,
escuché una voz que decía:
–Levántate, muerto, has encontrado un recuerdo.

SIN QUEDARSE

Huir de puntillas,
 irse sin quedarse,
pues no es bueno que sepan
que alguna vez, tal vez,
estuvimos aquí.

LAS 4 AM

Nadie se siente bien a las cuatro de la madrugada.
Si las hormigas se sienten bien a las cuatro de la madrugada,
habrá que felicitarlas.
Wisława Szymborska

Hace frío afuera.

Los relojes despertadores
muy pronto sonarán.

Es la hora del gallo, la hora de las traiciones,
la hora de los culpables sin penitencia.

HIGIENE PRIVADA

Suena la regadera.

El día se escurre por el desagadero
con la espuma del jabón
y las pelusas que sueltan los cuerpos fatigados.

El vapor en el cuarto de baño
dilata los minutos, las pupilas,
el vapor empaña los espejos
para que nadie se asome por ahí.

La bañera chapotea
como un león marino que ha encallado.

El hombre, bajo la regadera,
piensa en su muela adolorida
después de haber engullido
una caja entera de analgésicos.
Cae toda el agua del mundo sobre su cuerpo,
pero no hay loción que cure su insomnio.
Ningún Moisés llorando en una cesta de mimbre
llegará con una pluma de albatros
hasta la orilla de esta bañera.
Ninguna Sirena hambrienta de carne urbana
moverá sensualmente sus aletas.

El hombre se va ablandando,
oloroso a champú de camomila.
Se queda quieto, bajo la regadera,
mirando cómo se escurre su cuerpo
por el desagadero.

INQUILINOS

Inquilinos que agitan sus cacharros de cocina
para ahuyentar a la mala bestia
que no les deja dormir.

Hay un presentimiento
que se transmite de pared a pared,
de bufido en bufido. Todos esperan
una detonación, el olor de la pólvora
que ponga fin a tanto ruido.

La noche es un ajetreo
de chatarra estrujada: ruidos
que no encuentran desaguadero.

RUIDOS AL LADO

A la hora en que se empolla el grito del gallo
alguien golpea su cabeza contra la pared.

Escucho los golpes del desesperado
y dan ganas de abrir la ventana de su habitación
para que salga la mariposa negra que le atormenta.

Hay un monótono goteo que colma la paciencia
y anuncia el portazo de las rupturas conyugales.

El insomnio va destilando sus venenos.

A esta hora no se puede entender casi nada;
sólo nos queda esperar que algo reviente.

Ya van más de cuatrocientos golpes
en la pared de mi vecino,
pero nadie acude a su rescate.

Cuando las cortinas se muevan
con el viento que preludia el amanecer
será ya muy tarde
y tendremos que revisar en su buzón
a ver si nos dejó una carta de despedida.

LA CANCIÓN DE THELMA

Huyes por carreteras solitarias
y el viento alborota tus cabellos.
Te miras por el espejo retrovisor, entre cactus
y rojas montañas que vas dejando atrás.
Lejos quedaron los días de peluquería,
los platos sucios, la mueca
al contemplarte frente al espejo
en el cuarto de baño.

Algún motel en el que puedas
ser arrullada por somníferos,
acaso allí podrías encontrar refugio.
Pero tienes que seguir hacia adelante:
ya sientes en tu nuca el aliento de la jauría.

El automóvil avanza
sobre el asfalto picoteado por un sol rabioso,
y ahora no puedes retroceder ni llorar.

El viento que te trajo ruge con la alegría
de los que escapan en manada de los manicomios.

Adiós, Thelma.

 Que el viento
alborote tus cabellos
en otro lugar,
 más allá de la frontera.

DEL AIRE AL AIRE

Fue sabia su decisión, aunque nunca lo supieron.
Era el canto del gallo
desgarrando las cortinas.
Era dejar atrás, sobre un lecho cubierto de musgo,
los cuerpos intactos en la memoria.
Y había que partir.

Aún no llegaban las lluvias
que arrastrarían calle abajo
promesas, cerillas consumidas, envoltorios.

Y después
de sesenta y cuatro días con sus noches y sus lunas,
se abrieron las ventanas, bostezaron los grifos,
volvió la luz matutina a posarse sobre el cactus.
Las lechugas marchitas y las salsas agrias de la nevera
fueron canjeadas a un ropavejero
por un sombrero en forma de hongo.
Los bombillos quemados
fueron colocados como ofrenda
en el altar de un dios adicto a los barbitúricos.
Todas las prendas se orearon en el patio
y un vientecillo se llevó
su falda de flores por los aires.

Había necesidad de pájaro.
Por eso un gorrión, parado en el alféizar
de la ventana, registró
un doloroso trajinar de trastos y reproches.
El gorrión sacudió su cuerpo
y se entregó –como el amor– ligero al viento
para ir de rama
en rama, de una ventana
a otra, del aire
al aire.

LA PECERA

Indiferentes, cautivos,
nos miran con desgano
mientras soplamos el café
o encendemos la lámpara.
Supongo que nosotros también
nadamos bajo otras aguas
y miramos con igual indiferencia
a través de los ventanales.
Alguno golpeará, con su testa
o con su mejor aleta,
el cristal que nos separa de otras dimensiones.
Otros estarán hartos de eructar tanta burbuja.
Y cuando unos nudillos golpean el cristal,
nos vamos aleteando, temerosos,
cada uno a su alcoba, a sus asuntos.

ORACIÓN DEL CARNICERO

Señor, lame nuestros cuchillos,
ensaliva las costillas y las vértebras.
Que estos tajos en la res
sean ranuras para llegar hasta ti.
Que la jifa no atraiga a las hienas,
y que los ganchos no hieran a los aprendices.
Diluye con tu lluvia toda la sangre que avanza,
lenta, espesa, por debajo de las puertas.
No dejes que los pellejos
sean vendidos a los traficantes,
ni dejes que nadie alce los fémures
de los que se han sacrificado.
Míranos a través de los ojos desorbitados de los bueyes.
Que la luz exangüe de nuestra única bombilla
ilumine tu escondrijo, entre venas, nervios
y tendones, Señor, deja que nos ensañemos esmeradamente
hasta llegar al succulento blanco de tus huesos,
y que se sienta tu presencia
en las manchas de los delantales o debajo de las uñas.
Bendice lo que queda, este banquete para perros,
moscas y zamuros, Señor, bendice lo más puro.
Y refrigera en tu silencio
toda la carne que amamos.

TIENE QUE PASAR

tiene que pasar
no es justo no
que dure tanto el mecanismo
tendrá que ceder
esto que late y ocultamos con vergüenza
tiene que pasar
como un dedo machucado
remojado en cloroformo
que pasar tiene que pasar.

UMBRAL

Aún no sabes si has cruzado el umbral.

Un ruido de mandolinas atipla el tacto.

Un chasquido de papeles incendiados
aviva, desde el ojo de la cerradura,
el deseo de entrar al recinto.
Sabes que una vez adentro
no dependerá de ti el alcance de tu grito
ni la consistencia de tu sal corpórea.

El anfitrión, arrellanado en su sillón,
roe pájaros,
quesos, mendrugos,
y alza entre sus manos la cornucopia
con las frutillas que recogiste
bajo la sombra de un árbol.

Ahora no sabes si estás adentro o afuera.
Círculos concéntricos de ceniza
a cada paso desdibujan el avance.

Te veo muy cerca de la mesa, y el anfitrión
ha desplegado su manto de cuchillos.
Se presienten, pero no se reconocen.
Alguien te mira por el ojo de la cerradura
con la pupila enrojecida
por el puro deseo de entrar.

Si se quiebran las mandolinas
y el tacto se contrae como un erizo,
será porque el anfitrión, arrellanado
en su sillón de rojo tafetán, eterno merodeador
de tus mendrugos, ríe a carcajadas
y palmorea.

Y aunque el anfitrión
se desmorone de repente entre sus risotadas,
nunca sabrás si entraste o no a su recinto,
si estabas vivo o muerto
entre papeles incendiados.

Recuerda el crujido de la puerta
que se entreabrió por un instante,
la ráfaga de una invitación tan traicionera
como la mirada de un envenenador renacentista.

LOS QUE BUSCAN

...son tan pálidos y están tan tristes,
casi todos están tan tristes.

Julio Cortázar

Consultan en la memoria egipcia de los gatos. Van de un lado a otro, rascándose la cabeza, mirando al suelo. Se les ve registrando los bolsillos de trajes que cuelgan en los almacenes de ropa usada. Recitan, a orillas del río, números telefónicos memorizados en noches de insomnio. Manosean objetos extraviados y los guardan en el fondo de un saco descosido. Como afónicos cuerpos celestes, giran y giran en torno a un presentimiento, porque en la geografía de sus pasos todo es presentimiento, y hasta se podría decir que ellos no saben encontrar nada, y si lo supiesen morirían.

No es fácil distinguirlos entre la multitud de un lunes. Los puede delatar cierto goce en sus pupilas por el brillo de las frutas en días lluviosos. Un estiramiento involuntario de sus orejas, al desprenderse la hoja de un castaño, puede ser una señal de identidad más o menos fiable.

Ellos buscan algo, mirando por estos derroteros cómo pasan las estaciones, los eclipses, los récipes de mano en mano. Y es que no encuentran lo que buscan. Por eso se rascan tanto la cabeza, porque se escapa, siempre se les escapa lo que buscan.

COMO EN UN CUADRO DE VERMEER

Intento ver el rostro de la que aparta, con finísimos dedos,
capas de sombra desde un rincón.

Traigo una carta que ha recorrido
varias leguas de halcones y soles fermentados.

La mujer que está sentada lleva siglos esperando
una noticia que proviene de otro reino.

Al cruzar el umbral de la puerta algo se reanima,
como una ráfaga de viento entre papeles quietos.

Debo cumplir con el mandato:
entregar la carta a su dueña.
No importa entonces
que mi cuerpo ceda su consistencia
a las variaciones de la luz derramada,
que se deshaga como un trozo de pan
a orillas de un río hambriento.
Ha de llegar la carta a su destino.

La mujer que espera saldrá de la sombra,
escanciará el hilillo de voz de su lejano remitente
en la jarra que aguarda sobre la mesa,
y leerá esta carta frente a su ventana.
Ya comienzan a desmoronarse las cortinas,
ya he cruzado el umbral.

Recordaré el desvaído color de esas telas,
la tristeza de esta mujer que se consume,
el trazo de su reflejo en el cristal de la ventana.

EN LOS BAÑOS TERMALES DE SZECHENYI

La luz que filtran los cristales empañados
se queda espesa en el recinto
y apenas roza el moho de las paredes.

Druidas, legionarios y bajaes
también han estado aquí.
De las profundidades de esta tierra
brota este elixir,
lava de una herida que aún no cicatriza.

Escucho los quejidos, el lento chapoteo
de los que buscan aplazar por un instante el Juicio Final.
Bañistas ulcerados por el miedo, cocinándose
en un caldo de fiebres y plegarias
por las infamias sufridas
y los horrores propinados en la guerra o en la paz.

Lentísimo el chapoteo
de los que se resisten a engullir
el plato de apios que les ofrece la muerte
en los baños de Széchenyi, Budapest.

PRAGA, 1924

Por el boquete de un muro
comienzan a salir los durmientes,
ungidos con aceite de lámparas.
Con sus largos sayales de tela cruda
conversan con las estatuas del puente
y preguntan incesantemente por los vivos.
Quieren saber cómo funcionan los relojes,
o leer en los archivos del registro civil
alguna señal que los convide a quedarse.
Escudriñan en los andenes, en los portales,
en las lápidas del cementerio judío.
Y le temen al borboteo de las primeras luces.

Un hombre tísico, con cara de pájaro,
va arreando a los durmientes que encienden cirios
a orillas del Moldava.
Todos vuelven por un boquete
que será clausurado al amanecer.

CRÓNICA DE UN FESTÍN

Cuando llegó desde la otra orilla, del festín sólo quedaba el ronquido de las mujeres tendidas sobre conchas de moluscos. Pero antes tocaba la orquesta una balada estupenda, una balada interrumpida bruscamente porque la cantante se atragantó con el micrófono. Hubo ajeteo, alaridos, cejas de exclamación. Muy pronto llegó un escuadrón de enanos haciendo malabares, recitando la tabla periódica de los alimentos, todo esto para que no cundiera la tristeza entre los invitados, para que el cordero no anduviese por ahí con su queja de siempre, con su carne mil veces ofendida por todos los pecados del mundo. Y en verdad no cundió la tristeza, porque al rato todos triscaron de alegría e hicieron palmas. Uno de los líderes de una vieja pandilla juvenil se puso como un cuadrúpedo a cantar con toda su papada una canción de los Rollings Stones. Las mejores mentes de aquella generación estuvieron de acuerdo tamborileando con los dedos.

Pero alguien miraba desde la otra orilla, como queriendo entrar al festín. Iba trenzando un cordel con los cabellos de sus antiguos amores, y llevaba los bolsillos repletos de esas flores amarillas que se asoman entre las grietas del cemento público.

Cuando ya se acercaba el mirón –haciendo el esfuerzo que haría un asmático al correr tras una manada de hipopótamos hambrientos– las luces del festín se estaban apagando y una patrulla de camareros despachaba a todos los invitados con infusiones de valeriana. Y cuando el mirón al fin pisó esta orilla, habían enanos lloriqueando en la jaula del león, y estaban las mujeres muy ebrias sobre conchas marinas, eructando como lo haría un gigante que se ha comido a su ratón preferido. Y entonces ya no había nada que hacer, sino recorrer, como quien llega tarde a la batalla, el campo ahíto de lápices labiales y margaritas deshojadas. El mirón, recién llegado, anduvo por la sala de baile como un coronel tuerto o melancólico, enumerando las bajas, las copas partidas, las botellas descorchadas.

EL LLANTO DE AQUILES

Busco entre las colillas del día
un diminuto fulgor
que sirva como señal de salvación
a los que encallan esta noche en los portales.
Busco una trompeta para los ciegos
y una pastilla de jabón para Aquiles
que llora mansamente en su bañera.

He revisado piso por piso, ventana por ventana.
He pegado mi oreja a todas las puertas que pude.
Escuché un cuchicheo de transistores, el ronquido
de los que duermen sin saber que al día siguiente
amanecerán en la morgue, y un habla inentendible
como las canciones que se tararean en los manicomios.

Sé que para nombrar el llanto de Aquiles
he de encontrar sus sandalias.
Sé que es necesario subir y bajar escaleras,
cuidarse de la venganza de los troyanos del 5-D
y de los arqueros de medianoche
que aguardan rencorosos en los rellanos.

INÚTIL REGISTRO

Es aquí, es aquí donde la luz se renueva.

Antonio Ramos Rosa.

Hay un último suspiro
Una mirada que se devuelve
en donde tus manos dejaron sus escamas
Muy cerca del rostro un espejo roto por tanta espera
También el óxido que tiñe navajas tijeras y cerraduras
El insecto que chupa luz de la bombilla
El balbuceo de lo que se resiste a desaparecer
La pestaña enredada en un torbellino de polvo
El cúmulo de ocre en la barba de un anciano
El hilo extraviado
La pelusa del traje que no se usó nunca
 y que se encoge poco a poco
Las letras de tu nombre
frotándose entre las patas de un zancudo

Dar un pálido brinco
sobre las astillas de un sol desvaído
hacia la materia que resiste
y se transforma.

ORACIÓN DEL CARNICERO

Señor, lame nuestros cuchillos,
ensaliva las costillas y las vértebras.
Que estos tajos en la res
sean ranuras para llegar hasta ti.
Que la jifa no atraiga a las hienas,
y que los ganchos no hieran a los aprendices.
Diluye con tu lluvia toda la sangre que avanza,
lenta, espesa, por debajo de las puertas.
No dejes que los pellejos
sean vendidos a los traficantes,
ni dejes que nadie alce los fémures
de los que se han sacrificado.
Míranos a través de los ojos desorbitados de los bueyes.
Que la luz exangüe de nuestra única bombilla
ilumine tu escondrijo, entre venas, nervios
y tendones, Señor, deja que nos ensañemos esmeradamente
hasta llegar al succulento blanco de tus huesos,
y que se sienta tu presencia
en las manchas de los delantales o debajo de las uñas.
Bendice lo que queda, este banquete para perros,
moscas y zamuros, Señor, bendice lo más puro.
Y refrigera en tu silencio
toda la carne que amamos.

APUNTES DEL CARNICERO

no quise hacerlo yo no
si las nubes están cargadas de cenizas
si los clarinetes partidos si las mejillas sonrojadas
este oficio no quise rasguñar esta carne estas palabras
perdonen el ruido la miga sobre el piso
sólo quería saber qué fue lo que cayó sobre mi mesa
de dónde venía la gotica de sangre sólo eso
no quise ser jifero de reses sin enumerar
tanto hueso en astillas tanta página fracturada
toda esta tinta no quise
perdonen la hora es de mal gusto
este zumbido de moscas
estos minutos huyendo de mi cuerpo.

SANATORIO DE HERISAU

1

Nos dan pastillas y agua
porque somos ramas secas, abruptas, retorcidas.
Deben regarnos para echar afuera
los demonios, los delirios, la melancolía.

Las enfermeras recogen los recipientes
en donde la noche ha escupido toda su furia:
insectos atrapados en aceite, relojes sin manecilla,
sueños claveteados sobre la hoja de registro de la temperatura.

Que me aten a las tinieblas
con las mismas sogas con las que ataron a Odiseo.
Que me dejen quieto
frente al muro en donde desapareció mi sombra.

2

Una lagarto anaranjado se pasea por el patio esta mañana. Darwin lo reclama,
pidiéndole a gritos que vuelva a su sueño, aunque en el fondo del pozo, ahí
donde todavía brilla la primera moneda de plata que le regaló su abuelo, él
sabe que el lagarto se escapó de un sueño que no le pertenece a nadie.
La mañana ha parido un lagarto anaranjado, miedoso, medio tristón.
Y todos se preguntan, con las bocas llenas de pan ácido, de quién será el
lagarto, por dios, y cuántas sábanas tendrán que lavarse hasta que el bicho
vuelva al lugar de donde salió.

3

Escudriñan entre las migas de oscuras pláticas.
Buscan la piedra extraída de la locura.
Merodean sobre los pasos de quienes tararean,
al filo de la medianoche,
canciones anestesiadas por el neón de los pasillos,
canciones que el celador estrangula
para que nunca salgan de aquí.

Las lechuzas marcadas con tiza roja
alzan su vuelo sobre el sentido común.

Hay un dios que chapotea en cloroformo.

PARA LOS QUE VIENEN CANSADOS

Mira los eucaliptos bajo la lluvia
el polvo que levantan los peregrinos
la luna roja después de la batalla —luna también de los amantes—
la flor amarilla que no fue pisoteada por los cascos de los bárbaros
la tela que teje la madre para el hijo que está lejos
la pócima del sabio para los que vienen cansados
el violín de los gitanos en el bosque
el canto de los grillos que celebran tu llegada
la voz que adormece a los vigilantes nocturnos
la blanca pared en medio de la noche.

CARTA DEL INSOMNE

*Quién roba el agua de los vasos quietos
y recoge los botones de los caídos en las zanjas
Quién apaga las lámparas de los suicidas
cuando la noche marca con tiza roja a las lechuzas
Quién le clava las espuelas al caballo pardo
para que relinche al alba dejándonos con un solo ojo,
una sola palabra, un solo pañuelo disecado
Quién recorta los obituarios, los afiches y los almanaques
para hacer un collage de muertos que se desperezan
Quién quiebra una rama
cuando el insomne al fin cabecea
Quién roba las flores del cementerio
Quién le susurra en el oído al carnicero
que su mujer amaneció en la alcoba del notario
Quién se ríe de estas esquirlas, este lápiz roto,
este inútil reclamo.*

PASO EN FALSO

Van llegando los inquilinos
con sus panes mordidos bajo el brazo.

Alguien me llama desde la azotea.
Subo por una escalera que cruje como el pan tostado.
Una luz débil se escurre por debajo de las puertas:
hay crímenes anónimos que se urden con paciencia,
al compás de una máquina de coser.

Mi novia, en la azotea, agita sus encajes.
Mi novia me invita a pasear por las cornisas.

A esta hora asumo todas las traiciones, todas las páginas
en vano picoteadas, todos los riesgos del equilibrista.

Un paso en falso hará de mí
el escalofrío que sacude a los durmientes.
Un paso en falso hará de mí una procesión de ánimas
que beberán –sin que nadie se de cuenta–
el agua de los vasos olvidados
sobre las mesitas de noche.

Cuartos de alquiler **(2005)**

Por qué entendemos la sencillez sólo cuando estalla el corazón
y de pronto somos nosotros mismos, sin nada, solos y sin destino.

Vladimir Holan

HACÍA FALTA UN CUARTO

Porque estaba ríspido

Hacía falta un cuarto

Porque estaba suelto, selvático, acrílico

Hacía falta un cuarto

Porque estaba maniático, iluso, fantasmagórico

Hacía falta un cuarto

CUARTOS DE ALQUILER

Llegan los divorciados,
los saltimbanquis, los ausentes.

Vienen de los andenes,
de la guerra, de la noche.

Urden el tapiz de sus vidas
con volutas de cigarrillos,
y amontonan en los rincones
las piezas sueltas de su acordeón.

En estos cuartos nadie pregunta,
nadie grita. No hay amigos ni loros.

Estos cuartos son las galeras de un barco de peregrinos.
Cada quien rema hasta que se cansa de remar.
Cada quien pone su corazón en un sobre
y paga el franqueo para que se lo lleven bien lejos.

A LA DERIVA

Desde que estoy a la deriva me falta detergente.

Desde que estoy a la deriva me visitan los redentores,
los traficantes, las musarañas.

Como un pelotón de nubes desmoronándose.
Como un trozo de hielo
flotando en un trago sin dueño.

A LOS TREINTA

A los treinta se empieza a fumar en la cama.

Ya no nos quedamos tanto tiempo
sentados en el banquillo de los acusados
ni tampoco nos alarman
los relojes despertadores.

A los treinta se van aflojando las correas,
se aprende a dormir con tapones en los oídos,
se aprecian las propiedades espirituales del alcanfor.

Después de pasar boquiabierto ante las runas,
los oráculos y los analistas,
es preferible consultar con el mecánico.

A los treinta comienzan a soltarse
las piezas del acordeón.

CÓMO SE FUNDE UN MOTOR

Cuando te pregunten cómo se funde un motor,
diles que con el pellejo, la caña, el dale que dale.
Diles que con el desvelo, las canciones tristes,
la corredera tras la liebre que se escapa.
Diles que con los sustos en la madrugada,
los frenazos al borde del barranco, el espejo delator.
Diles que con todas las veces que uno llama al otro lado
y nadie, nadie responde.

NO ME ESCRIBAS, POR FAVOR

No me escribas, por favor,
porque no entiendo tu letra
y me asustan los sobres cerrados
y no quiero morirme en un buzón
y no soporto la nieve ni los puentes
ni esa música de lejanas mandolinas en mi cuarto.

ESA PANTERA BORRACHA

Hoy me he levantado con tu ausencia,
esa pantera borracha
en un rincón del cuarto.

Por eso he saludado al día
con un puñado de cereales.

Por eso he salido a sacudir la pata.

MUÑECAS DE PORCELANA

No se lo esperaban.

Sobre las repisas vivían,
junto a los ídolos
y los desgraciados.
—Pálidas, lidiando con el polvo,
menguando en tardes de tedio.

 No pudieron,
las muñequitas,
no pudieron soportar que las vieran
como petunias descoloridas.

Cayeron en un pantano
de horas y colillas.

Así cayeron,
 las muñequitas,
así

cayeron.

LA MISMA BANDA SONORA

Nadie los ve.

Compran su ticket
en silencio,
 lloran y aplauden
en silencio.

Cuando encuentran a otros de su misma especie
hunden sus manos en los bolsillos
y se miran como roedores en un laberinto.

Salen pensativos, cabizbajos,
 buscando su voz
en el murmullo de voces somnolientas.

Afuera se cruzan sus sombras,
sus zapatos, sus ticket rotos.
Y no es que dejen de estar solos,
si no que a veces atraviesan el mismo pantano,
el mismo sueño, la misma banda sonora.

SI NO LE GUSTA, HABLE CON EL CARNICERO

Si a usted no le gusta
cómo lo mira el pescado en la vitrina,
hable con el carnicero.

Si esa cosa babosa
comienza a arrastrarse en su pecho,
hable con el carnicero.

Si de repente aparecen
ovejas que le quieren contabilizar el sueño,
hable con el carnicero.

Si los antiácidos, los somníferos,
el cesto lleno de billetes de lotería,
hable, hable con el carnicero.

Si no hay película que lo entretenga,
si los pollos inyectados, si se le cae la calza,
entonces hable,
hable con su carnicero.

PARA QUE NO SE ME VAYAN LAS FUERZAS

Y me digo a cada rato, para que no se me vayan las fuerzas,

que mañana brinco,

que ahora mismo podría salir
una ardilla del teléfono,

que cuando salga el sol iré a recoger
monstruos caracoleantes a la orilla del mar.

Me lo digo en la tardecita,
cuando los inquilinos llegan cansados a sus cuartos
y los neones comienzan con su dictado.

DESPEDIDA

Señales en las nubes

Para nosotros

Corazones como campanadas mañaneras

Para nosotros

Pájaros trinando horizontes

Para nosotros

REMOLINOS

En las calles que se repiten a medianoche
o en el lápiz que se atasca.

Cuando te escurres por el desaguadero,
cuando no sabes en cuál orilla despertar,
cuando comienzas a balbucear en el umbral.

De nada sirve gritar,
nadie escucha en los remolinos.

EL CENICERO A REBOSAR

Los cuartos te reciben con las paredes descascaradas
y un tufillo sospechoso en la alacena
o detrás del clóset.

Alguien coloca un girasol sobre la mesa
y los ausentes empiezan a conferenciar en los rincones.

Entonces hay que volver a la calle con la maleta,
las flores secas, el cenicero a rebosar.

QUE TU VOLARAS

Ah, que tu volaras hasta aquí
con tus ungüentos y aceites,
bruja, mortero, cristal de sábila,
yerbabuena machacada,
néctar de moras que saboreo a oscuras.

MI ELEMENTO

ni por todo el néctar de los campos
o las tiernitas
yo te dejaría

ni por los vuelos transatlánticos
o los ríos con ondinás
yo te dejaría

ni por una siesta en el país de los faunos
yo te dejaría

mi quinta potencia
mi cosquilla tempranera
mi elemento.

YO QUIERO QUE PASES

Yo quiero que pases.

Que metas tus manos aquí
para que revienten las amapolas
y se accidenten los acordeones.

Que pases amansando, amansando,
y pongas las cosas en su lugar.

Que por mi puerta pases,
yo quiero que pases.

LOS ZORROS

Cruzan sigilosamente las carreteras.

Entran y salen por las ventanas.

Rondan por las cabinas telefónicas,
las azoteas, los callejones sin salida.

Aúllan,
aúllan detrás de sus cuartos.

No los suele sorprender el amanecer,
pero puede pasar que alguno se quede dormido
después de andar y desandar
curvas y más curvas.

No quieren a nadie y nadie los quiere,
pero mueren de amor en un instante.

Y mueren en las zanjas
junto a los ángeles,
los amnésicos, los extraviados.

ÁNGEL DE LA GUARDA

No dejes que me congele con la mueca en el saco.

No dejes que dé brazadas entre las redes,
ni que me ponga pálido por unos ojos tristes.

No me dejes matar mi cuerpo
sólo por entrever el fulgor,
la puerta, la estrella que siguen los navegantes
que se pierden en el vientre de las ballenas.

LA OSCURIDAD

Es el libro con las páginas arrancadas.

Es el humo que sueltan los autobuses escolares.

Es la mueca del que vende cremas rejuvenecedoras.

Te acecha, te lame los pies, te ofrece un caramelo.

Se fuma, se sueña, se paga a crédito.

QUIÉN TE HABÍA DICHO, BICHO

¿Quién te invitó al guiso, bicho,
arcángel de pacotilla, maestro chato,
quién encendió un bombillo o agitó un pañuelo
para que vengas con tu zumbido, excéntrico,
malévolo, meneando la cola, babeando y vendiendo la intriga?

JALANDO, JALANDO

Escribo de reajo, a contracorriente, boca arriba,
en entredicho, índigo, andante, réprobo,
asiático, ilegítimo.

Miro la página, la acaricio y la empapo,
prójimo, rúnico, blasfemo,
sin plazo, bien precipitado en un círculo.

Escribo sin nieto ni abuelo,
con la miga en la mano,
jalando, jalando.

HERÁCLITOTERAPIA

Uno se baña con la temperatura del agua
que el alma de uno le pide.
El agua circula por los cuerpos, chorrea,
ablanda, lame las torceduras,
afina las barcas, mece los lirios
y hace más tiernas las mantas.
Uno se baña con el color del agua
que su corazón desea.

ESCRIBO

Escribo para ahuyentar a los cobradores
y escabullirme por las hendidias de los días grises
Escribo para entender a los que pierden el habla de repente
y escuchar la cuerda pulsada por el viento del desierto
y perder lo que tengo y ganar y volver a perder
Escribo para que me lleven los gitanos.

LA ROEDURA

El cartero no llamó dos veces.

El fantasma de la escalera
quebró el jarrón
y se ocultó en una mancha de la pared.

No hay noticias nuevas en los obituarios:
la misma procesión desfilando
hacia los depósitos de papel reciclable.

Las viejas canciones
comienzan a mellar los surcos.

Es la roedura,
la silente roedura.

EL FIN DE LOS MALOS DÍAS

Aquella mañana la telaraña que cubría nuestros ojos
fue destejiéndose poco a poco. Algo se reanimaba en la plaza
bajo las mantas de los mendigos o en el desperezo de las gárgolas.
Corría un año difícil: en los vecindarios escaseaban
las conservas, los gatos y los poetas.
Pero aquella mañana había que arrastrarse de alegría
sobre el suelo tibio, y pasearse muy orondo
con un canario tieso en el bolsillo,
y sacar a la calle los trozos de mantequilla congelada.
Se iba derritiendo la escarcha sobre los techos
y los ojos de los perros se aguaban mansamente.
Parecía el fin de los malos días con sus estufas maltrechas.

RECUENTO

Comenzaste a deslizarte por zonas lejanas,
zonas de centelleos, zonas fluctuantes.

Te persiguieron las brujas embalsamadas,
las taras, los timbres.

Te encontraste caminando por la carretera,
ciego, abstruso.

Te despertaste sin saber en cuál cuarto estabas.

Caíste, te levantaste,
y luego te fuiste arañado, lívido, oracular.

Vendrá otra larga travesía
(2006)

Tus pies sobre la tierra antes no hollada,
Tus ojos frente a lo antes nunca visto.
Luis Cernuda

CANCIÓN DE LOS QUE PARTEN

Los que se van tarareando una canción
dejando que la luz ocupe su lugar en las esquinas,
en los rostros que llegan,
en las manos que tantean el espacio habitable.

Los que se van arrimando al horizonte
buscando pájaros que aletean en la oscurana.

Los que en su marcha desprenden astillas, espinas,
cáscaras que señalan el sentido
de lo que no pudieron decir a tiempo
cuando era justo decirlo.

Los que se van no deben mirar la estela de su paso
sino el relumbre de la tierra prometida
que no es más que el destello de sus propios cuerpos
trasegando caminos en lo más cóncavo de la noche.

Escuchemos la canción
sobre los tejados de pueblos afantasmados,
en los goznes de puertas entreabiertas,
en los áticos del viento.

Es la canción que anuncia a los que llegan
y hace más ligera la travesía de los que parten.

LA TRAVESÍA

Vendrá otra larga travesía.

Habrá que volver a imaginar espacios tan amplios
como la piel de la luz sobre las praderas.
Y andar en zancos por las ferias o en los andenes,
y cuidarse de las zancadillas y los salvoconductos.

Habrá que pasar la mano
sobre el lomo de los que yacen en las plazas,
y despedir con esa misma mano
a los que se van quedando en los zanjones.

Habrá que volver a empañar los cristales
con el hálito de quien se despereza de un largo invierno.

Vendrá otra larga travesía.

Tendremos que preparar las alforjas
sabiendo que más nunca volveremos
por el mismo camino.

Tendremos que afilar las herramientas,
los colmillos, el corazón,
sin que se seque el pozo de agua clara.

Será como abrir los brazos ciegamente.

Será como ir por un oscuro barranco
y confiarse al fulgor del último cigarrillo.

Será como despertar de un largo sueño
con los ojos del horror, el nuevo día, la maravilla.

Vendrá otra larga travesía.

EL POLEN DE UNA REGIÓN PERDIDA

Miraron atrás y no encontraron nada.
Volvieron a mirar y nada había.
Sabían que no pertenecían a ningún lugar.
Una polvareda aventaba antiguas lamentaciones.

Dios los había abandonado.
Dios los había lanzado a las arenas
en donde se extravián los peregrinos.

Y continuaron andando con los ojos abiertos,
como quien entra a una caverna desconocida,
como quien mira a su amor bajo un arco de jazmines.

Iban buscando repliegues de luz
sobre las hojas y los troncos del camino.
Iban esparciendo por el mundo
el polen de una región perdida.

PARA DECIR QUE HUBO UN REINO

Andar con paso ligero,
silbando entre lianas, piedras, hierbajos,
zigzagueando por la ruta de los bichos
que se columpian en los matorrales.

Andar sin equipaje, sin estirpe, sin escudo,
con los labios mojados por el vino de la despedida,
tarareando, tarareando,
siguiendo la estela de los que se fueron.

Para decir que hubo un Reino.
Para que el polvo de nuestros muertos
sea esparcido con la canción del primer día.

PARTIR

Voy aventando cenizas
de papeles incendiados en noches de vigilia.

Voy adonde la nube se enrojece
y los senderos son las trazas de los que buscan
islotos, jazmines en la memoria, agujones en el aire.

Quiero ver matorrales encendidos por los pasos,
las semillas que brotan al alba, las ganas de partir.

Como un corazón que ya no vuelve a su charco.

Como el canto de la cigarra
que se desteje en lo más rudo del verano.

ANDAMIOS QUE LA LUZ VA TEJIENDO

Anda a zumbar por los matorrales como el abejorro.

Flanquea los márgenes del día, más allá de las cercas,
escucha el rumor del verde que se despereza.

Levántate, cuerpo, perfuma tus alvéolos
con las yerbas empapadas de rocío.

Gira hacia la otra orilla, el otro cuerpo,
no el del deseo calcinado, no el atravesado por fantasmas
 como sables de nocturnas emboscadas,
sino el cuerpo que un día cualquiera zarpa de su cuarto
y se entrega al aire con los brazos abiertos
trepando por los andamios que la luz va tejiendo.

CUANDO SE ESTRECHE LA FRANJA

Cuando se estreche la franja
habrá que pegarse al cuerpo, a ras del suelo,
como las algas se pegan a los ojos
de los que sueñan despiertos con el mar.

Cuando venga el tiempo de andar a oscuras
buscaremos la hendidura de luz y el astrolabio perdido
en el hueco donde se blanquean los huesos
o en el buzón de los amantes.

Dormiremos sobre el pasto más verde
después de una noche de lobos y dentelladas.

E insistiremos en lo mismo de siempre.

Insistiremos en el encandilamiento por los caminos del roce,
y en el calor de la tierra que amansa las manos.

EL HIJO

El hijo llega sin avisar, tan remoto
como una carta sin remitente. Viene
de muy lejos, se le ve en la mirada,
en las suelas desgastadas de sus zapatos.
Trae polvo del camino en las cejas
y espinas de cactus clavadas en los pies.
Se sienta a la mesa y se queda largo tiempo
callado, perplejo, haciendo un recuento en la memoria
de sus andaduras por inconfesables batallas
en donde las derrotas y las victorias
son las caras de una misma moneda.
Respira hondo, el hijo, como si fuese a llorar,
pero el mar lo ataja
y de su boca salen peces y puertos, bares y noches,
sables y camisas rotas, besos y pozos
en donde ha estado iluminado, melancólico, frenético,
al filo de quién sabe qué relámpago.
Se bebe todo el vino que puede
y mira su plato como un colegial obediente.
Entrelíneas, nos vamos imaginando sus historias,
sus caídas, sus raros fulgores. Y el hijo comienza a jugar
con huesos de aceituna y migas de pan,
mientras nos cuenta maravillas
que vivió o leyó, nunca se sabe.
Nos muestra las nuevas cicatrices en sus brazos
y las cavernas que han dejado en su corazón
los fulminantes momentos de dichas y jazmines.
Nos reímos de sus brincos y malabares,
y ya estamos cantando juntos a medianoche
la canción de los que parten.
Le damos noticias del árbol, los amigos,
las cáscaras que dejó cuando se fue.
Después de comer como un náufrago
y de beber como un cosaco, el hijo se acuesta
a dormir tan rotundamente que pareciera
que llevara siglos sin dormir. Su respiración
es un remanso, la casa flota quieta, apacible,
y a lo lejos se escucha el canto de las ballenas.
Antes del amanecer, el hijo recoge sus aperos,
entra a la alcoba con pasos de duende,
nos mira eternamente.
Lo he visto parado en el umbral de la puerta,
entonces dejo que se escurra sigilosamente

como se escurre el agua y los días de las manos.
Cuando el sol husmea por los rincones
y comienzan a crepitar las cafeteras,
se siente en el aire un aroma de caminos,
como si hubiese pasado un ángel o un ladrón
que se está yendo, que siempre se está yendo.

ÉXODO

Vienen de las praderas de lentísimo lomo,
donde las espigas se elevan y danzan como derviches.

Vienen del limo de las aguas,
donde se fermenta la memoria de los días
y el olvido reptaba como larva.

Vienen de los tablados del aire,
donde los insectos voladores
tejen y destejen enredos aéreos, las razones
por las que mariposas amarillas vuelan
tras las pelusas que sueltan los árboles.

Vienen de los verdes mantos que ondean,
donde la tierra se hace más tierna
y el equinoccio es celebrado por bichos de monte
con golpes de escudos y un canto estridente.

Vienen tanteando un reino perdido
por los confines del día,
como quien mira un ojo abierto,
como quien arrea las camas que han naufragado
sobre las aguas del puerto.

CANCIÓN Y DESPEDIDA

Al fondo de la página un rumor de río crecido,

una cuerda que suena en la lejanía,

los pasos del que parte desde lo más pantanoso de lo negro,
ahí donde el cuerpo se acaba y comienza lo otro:

la fruta abierta por los pájaros,

los ojos que vuelven cargados de especies,

eso que es aire y lazo,

canción y despedida.

NO PREGUNTEN TANTO

No esperen más por nosotros, sigan su oráculo,
no pregunten por la demora,
esa congestión de bichos obstruyendo la salida,
esa piedrita atascada en el zapato.
Se quedarán sin bufón durante el trayecto,
sin buzón donde depositar sus pesadillas.
No pregunten por los hilos desatados,
ni por los botones mal cosidos,
ni por nuestra ausencia,
ni por la risa sin motivo.

Sigán su oráculo,
no esperen más, ya está bueno,
no pregunten tanto.

EL TIEMPO DE LOS CALLADOS

Los que se quedaron dormidos en los rincones
mientras pasaba el desfile con su escándalo.

Los que miraban absortos flores amarillas
cuando los predicadores vociferaban en la plaza.

Es el tiempo de los callados.

El tiempo de los que fueron añejando sus palabras
soñando con horizontes encendidos
debajo de los puentes y las mantas.

El tiempo de los que recogieron lápices caídos
y borronearon en las paredes
canciones de cuna para los insomnes.

Los que callaban van llegando
con su silencio de arcilla.

Los que callaban traen sacos con piedritas del camino
para señalar el paso a los que vendrán.

PÁJAROS ARDIENDO EN PLENO VUELO

Lo que se dicen los amantes después de la travesía,
los gatos y los paraguas bajo los portales,
los gorriones sobre los cables antes de la desbandada.

Lo que se dicen los zorros en las cabinas telefónicas,
los contrabandistas en los muelles, entre canciones y licores,
los condenados y sus verdugos a la hora del gallo.

Lo que se dicen los niños sobre la yerba al final de la tarde,
los moribundos en las salas de urgencias,
los borrachos cuando se despiden
en el callejón en donde se prolongan los abrazos.

Monedas líquidas que se intercambian en el tráfico,
pájaros ardiendo en pleno vuelo,
llamas del solsticio que se inclinan para que el viento las sople.

LA FIESTA DE LOS PERROS

De noche los perros convocan sus fiestas.

Se juntan, se olisquean, se montan la pata.
Se rascan, se sacan la roncha, se hacen sangrar.

Sus ladridos son compactos, solidarios,
cuando una sombra amenaza en la cerca.
Parece que fueran todos
cachorros de una misma madre.

Bajo la luz de la luna se lamen las heridas,
y si se arrancan una oreja
la escupen al público que ruge afuera
como un león enjaulado.

Van llegando a la asamblea
echando saliva en el camino y pensando
lo succulento que sería caerse a dentelladas.

Los despojos de sus orgías
los entierran junto al árbol
que les da sombra en la mañana.

Y sueñan, sueñan con mordiscos y jazmines
y la noche y la fiesta y los gallos.

COMO SE BORRAN LOS SUEÑOS

De vez en cuando aparecemos en el sueño de otro
y no es que el otro nos convoque
sino que a veces se rasga
la fina tela que cubre la pulpa
en donde se fermenta la memoria del día.

Al final de un callejón sin salida,
en la mano que roza un hombro al borde del precipicio,
en el rostro que se asoma en la taquilla
y nos entrega el ticket que conduce al Infierno o al Paraíso,
según la función que esté anunciada en cartelera.

No es cómodo aparecer detrás de la puerta
que parece ser la única salida de una pesadilla.
No es cómodo ser el que canta el número perdedor
en un casino destartalado.

Sentimos el manotazo de los que espantan moscas de su rostro,
sentimos, de veras sentimos
el triste asombro del que estaba esperando un prodigio
en forma de ola esbelta u hoguera
y en cambio encuentra
la mirada vidriosa del farmaceuta
que se asoma por la ventanilla a la hora del búho.

No es culpa nuestra aparecer
con esta sonrisa macabra al fondo del espejo,
o ser el acorde que desafina,
o la estalactita que crece en donde debió crecer la margarita.

Ustedes nos trajeron, aunque aún no lo sepan.
Somos el saldo de una batalla
en la que el deseo fue devorado por sus propias huestes.
Somos aquello que vieron de refilón
porque no les gustó que nos faltaran dientes
o que camináramos sobre un hilo.

El trajín solar nos irá borrando
como se deslíe la tinta en un papel mojado,
como se desdibuja el adiós en el horizonte,
como se borran los sueños.

EL MAMUT DE KAHATANGA

“El pelo...la cantidad de pelo del animal es impresionante. Y no sólo se conserva su color. También se puede apreciar el olor de este Mamut que, por lo que calculamos, al momento de su muerte, hace 23.000 años, tenía unos 47 años de vida...”
Bernard Buigues, expedicionario francés que, en 1999, logró extraer de la tierra congelada un Mamut entero con sus tejidos intactos.

Sus hermanos se extinguieron
hace 10.000 años; mientras tanto
el Mamut dormía a salvo de sus captores,
y el pelo le crecía.

Amortajado en un bloque de hielo
no supo nada del paso de estos siglos.
El transiberiano, cargado de rostros aterrados
por el silencio de aquellos parajes,
le pasó por encima muchas veces.
Y le crecía el pelo bajo la nieve.

Hace miles de años
este Mamut huía por las estepas.
Su cuerpo quedó paralizado por una ventisca,
como un gesto en una fotografía.

Hoy al fin lo han atrapado para descongelarlo.

Este Mamut no pudo huir
hacia esa nada de hipótesis y restos fósiles
en la que hoy descansan sus hermanos.

Su olor, su pelambre ennegrecida,
me traen noticias de aquél bostezo detenido,
noticias de un agujero blanco, estático,
en las entrañas del tiempo.

MUDANZAS

Es un bostezo que nos viene del muladar de las cosas.
Un vaho que asciende desde el pozo en donde abrevan
las canciones que tarareamos cuando abrimos los ojos
y el rayito nos deja un girasol palpitando en la trinchera.

Las hojas de los árboles se mueven como marejada,
así como se mecen los amantes con el latido de la tarde.
Y el corazón es un vaivén, una hojarasca,
la humedad que empaña el cuero curtido
de las maletas y los zapatos, el rumor de los que danzan
en torno a los fuegos encendidos del solsticio.

Desde los precipicios del día nos viene un soplo
que nos aparta suavemente de este mundo,
como las migas caen, como las manos vuelan,
como se muda el hombre de su piel y de sus cosas.

LOS QUE NO TIENEN RETORNO

Y lo que va quedando es el tabaco encendido.

Los amores y los amigos se han esfumado por las hendidias,
y cruje la ramita que alegraba en el rincón
el corazón hecho volutas.

Se escuchan los pasos de la vecina
correteando su soledad por el pasillo
como una ardilla asustada.

El tabaco encendido para espantar los malos espíritus,
incinerar los minutos, abrirle agujeros al olvido.

El tabaco encendido como una roja señal
en la pradera calcinante de los insomnes.

El cuerpo se hace aire, viento que anima las veletas,
ráfaga que preludia extrañas anunciaciones.

En bocanadas de humo vas ascendiendo
buscando el país de los amnésicos,
los que se vuelven cenizas,
los que no tienen retorno.

BIENAVENTURANZAS

Los pasos del que vuelve mojado de la noche
y encuentra aún encendidos los carbones de su cuarto.

El alivio del que apoya su cabeza en la almohada
después de haber huido de una zona
en donde las cabezas tienen precio.

La lluvia que aviva los cristales.

La respiración del niño que duerme
en el jardín en donde todo murmura.

El cielo que beben los nómadas
a la orilla del camino.

El instante en el que las bicicletas alcanzan vuelo.

LOS DÍAS QUE VENDRÁN

Los días que vendrán serán más nítidos.

El que caminaba entre cactus, bajo la sombra de los zamuros,
se reunirá por fin con su mujer y con su hijo.

El que se iba a lanzar al río
remojará sus pensamientos bajo la regadera.

La vieja que vive en la ruinoso casona de la esquina
conversará a medianoche
con el esposo que vuelve de las trincheras.

La lluvia reverdecerá los parques.

El viento arrancará las penas de sus rincones.

VIENTO

Viento,

llévate los restos,

las huellas sobre la arena,

estas cenizas sobre lo blanco,

esta palabra sola en este solo descampado.

Viento que traes gritos de los muelles
y secretos de los naranjales.

Viento que afilas los acantilados,

llévate bien lejos estas volutas,

este palpito sin nido,

estas ganas de volver.

PORQUE ES EL MISMO TIEMPO

Imaginemos un aroma de címaros
despertando orugas, abriendo ventanas.
Un abrazo lento, manso, verde,
una ramita ardiendo
en un fogón que estuvo apagado,
una veguilla en donde ensancharse,
un cuarto desperezándose
como un hermoso animal
embriagado por la luz de la mañana.

Imaginemos, por un instante imaginemos
que el día nos sorprende con su frente tan clara,
con sus alas abiertas, y un recodo en el camino
en donde mojarse los labios,
y pacer, pacer
sobre el pasto de nuestros cuerpos.

Escucha la música de las esferas
en noches de pléyades, de yerbabuena,
de ladridos que anuncian a los visitantes.

Porque es el mismo tiempo,
porque es el mismo siempre.

EN UN REMANSO DEL DÍA

Nadie nos despide, nadie nos espera.

Hay una procesión de sombras en el umbral de la puerta.
Son voces que se atascaron en el barro de la huida,
restos que nadie quiere aventar.

Sombras, voces, restos: enredadera que crece
cuando el corazón gotea.

Los ausentes buscan una mano que los reciba en los tejados,
la misma mano que los ha devuelto de los farallones.

Estamos esperando que se seque el barro,
que vuelvan a mecerse los girasoles
en lo más manso del día, y que esa luz
nos señale de nuevo el camino, amor mío.

OCTUBRE ADENTRO

Se me desgarran el pecho, mujer,
cuando intento llegar hasta el pozo de tu aliento.
Algo adentro se me quiebra
cuando llamean las velas de otro tiempo
en lo más oculto de tu rostro.
Se me pierden las manos
cuando te toco lo blando,
cuando me ablandas el tacto,
altísima yerba, cíñaro nocturno, astilla primera del día.

Te entrego mis botas, mis cuerdas, mis lápices,
mujer que sueñas
como el bostezo de una viola da gamba,
como el granizo en las ventanas,
como un papel hinchado de colores.

Porque resueno como el más mortal de los animales
y súbitamente entiendo lo que nos quiere decir el mar
cuando vuelve y vuelve sobre sí mismo.
Porque me haces cóncavo, fluvial, acústico.
Porque he visto la veguilla de tu vientre
y he saboreado lava de tu centro, octubre adentro.

Estas ganas de estrujarte, de frotar nuestras velas,
de amanecer entre tus lianas, estas ganas de vaciar el tintero,
de sacarme la pulpa, de quemarme las pestañas, mujer,
estas ganas de llegar a medianoche, de ser ladrado en tu potrero,
de ser aceite entre tus piernas, estas ganas de ser la lana de tus medias
y la letra de tus canciones, mujer, la letra de tus canciones.

Ensalivar los pliegues, los cordeles, la desembocadura.
Estrujar las pieles, las uvas, las redes.
Bucear por la ranura, por la mirada,
por esa cascada que chorrea desde tu centro, mujer,
desde tu exacta hondura.

Y poner el pecho sobre tu pecho, la boca sobre tu boca.
Y lamer las conchas, las nueces,
lo que del mismo amor queda ardiendo,
para batir bien fuerte las ganas, las mañanas, los pájaros.

En la oscuridad, cuando los cuerpos reposan
y se aquieta la respiración, los amantes se echan
sobre un prado amarillo. Mientras el vino
se derrama por sus bocas, se dejan correr
hacia un delta que desemboca en la misma alcoba
en donde ahora duermen, entrelazados,
soñando que pastan y se acarician.

CANCIÓN QUE NO SE OLVIDA

No quiero tocarte como si fuese la última vez.
Y no será la última vez. Me lo han dicho
los zorros que cruzan sigilosamente la carretera.

Vendrá otra larga travesía.
Vendrán caminos, ventanas,
señales tuyas en las cabinas telefónicas.

Saldrán cangrejos del cuarto
hambrientos de noches y sábanas.

Guardaré en mis bolsillos
las migas de tus panes, la lana de tus medias.

Y el tiempo tejerá mantas para el encuentro.

Y se escuchará la canción que no se olvida.

LAS LUCES DEL ENCANTO

Al fondo del zanjón
las luces azules del Encanto.

Cuando todo está perdido –la luna roja al final de la batalla,
los muertos en sus barcas, los vivos con tierra en los ojos–
los pájaros regresan para batir la mañana.

Es la melodía que devuelve
a los que están al borde del precipicio.

Es la fragancia que anuncia tierra
a los marineros sin brújula.

SAN PEDRO

Es un Dios poderoso.

Después del horror que su elixir expulsa,
aparece sigiloso, al amanecer,
y su voz es rumor de flautas
que resplandecen en el río.

Se mece en una rama
haciendo estallar los colores
a la altura de tus ojos.

Desciende hasta tus hombros,
te saluda con un soplo,
te mira desde el cuenco de una flor de barranco.

El mundo se ensancha con el bramido de su luz.

Su respiración es la estela que siguen
los peregrinos y los extraviados.

Cuando los pájaros traen en sus picos el rojo del atardecer,
vuela con ellos hasta las madrigueras
en donde se sueña con océanos y praderas.
Y sus ojos se dilatan con los canales
que conducen a puertos insólitos.

A la hora en que las orquídeas viajan sin rumbo fijo,
retorna a su raíz, su oquedad vegetal,
como se eleva el perfume de los bosques
hacia las altas esferas.

EL PASADIZO

Llegaron las lechuzas.
En lo más negro de la noche,
cuando sólo los cuerpos
apenas iluminan.

Era un canto macabro
como el diente roto en el lavamanos,
como los tropiezos del maniatado,
como el zapato en la cuneta.

Pero los cuerpos siguieron
alumbrando el tránsito.
Cuerpos entrelazados,
cuerpos soñando,
cuerpos con un colibrí por dentro.

Una luz
en el pasadizo por donde deambulan
los vivos que se extraviaron
persiguiendo un aroma extraño
y los muertos que vuelven
por un trozo de pan.

El pasadizo,

el grito del gallo,

el escozor del día,

el resplandor del nuevo mundo
en tus ojos que se abren.

LA ANTORCHA DEL BARQUERO

Vamos hacia la otra orilla, cruzando la frontera.

Resistimos haciendo muecas, despotricando,
riendo a carcajadas.

Los cuerpos tiritan. Es turbio el tránsito.

Mientras las olas nos bambolean, entrechocamos puños y copas,
celebrando la travesía.

Ya comienza a arder la leña de las pailas
en donde se prepara un succulento caldo de amapolas.

Los tripulantes soñamos con dormir o lanzarnos al vacío.

De vez en cuando alguien pronuncia un nombre,
pero ese nombre se nos pierde
entre los remos del barquero.

En este tránsito no valen las invocaciones
ni las saluciones.

Estamos cruzando el Gran Río y no lo sabemos.
Nos dijeron que era una ronda nocturna con caldo de amapolas.
Nos dijeron que íbamos de paseo
a visitar a los que se quedaron tarareando
la canción de los amnésicos.

Somos rostros alumbrados
por la antorcha del barquero.

VOZ EN LA ESPESURA

Voz que te adentras en la espesura,
hazte ligera, canta,
fertiliza en lo más hondo,
esparce tus pájaros en la oscurana.

Voz que te adentras donde no hay morada,
donde lo blanco hiere en la intemperie
y lo negro acecha con un aletazo.

Voz desprendida, ala translúcida, llama viva,
hierofante, primer y último temblor, avanza,
avanza en la espesura,
bebe del fondo de la ciénaga,
haz que brote el germen, la brizna,
el deseo de rozar
la piel de lo que no es palabra ni canción
sino asombro, incandescencia.

EL PÁJARO DE LA ESPERANZA

Marcaron la puerta a cuchillazos,
eructaron nuestros nombres,
 escupieron los buzones,
echaron azufre en el jardín.

Pero nosotros,
nosotros tejíamos las mantas.

Cantábamos bajito, a oscuras.

Pálidos,
 bañados en polvo,
nosotros seguíamos
raspando el suelo.

Porque adentro había un pájaro que tiritaba,
herido, ciego, remojado.

NO SABEMOS

No sabemos quién pastorea nuestras sombras.

Vemos a los que cavan y cavan,
preparando la tierra para los muertos.

—Ellos insisten,
pero sólo sacan
conchas,
astillas,
sacos rotos.

Seguimos sin saber
de dónde nos viene el latido,

el último soplo,

el tiempo de los volcanes,

la tibieza del pájaro en tu mano,

el pozo sin fondo de las palabras perdidas.

No sabemos.

